TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY



1'25 PTS.

sadismo y masoquismo

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

34

A. MARTIN DE LUCENAY

SADISMO Y MASOQUISMO

El sadomasoquismo en general.—Formas clínicas de la perversión sádica.—Formas clínicas de la perversión masoquista.—Las causas del sadomasoquismo y la flagelación.—Casos célebres y curiosos.—El marqués de Sade y Sacher-Masoch



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
OCTUBRE 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

En el volumen XI de estos temas ya hemos analizado el elemento algolágnico en el amor normal; es decir, el placer de experimentar y producir dolor, que se manifiesta en formas y aspectos múltiples, no sólo en lo que a la parte psíquica afecta, sino también en lo que atañe a la materialidad escueta de los hechos puramente carnales.

Esta tendencia de los enamorados o, si queremos decirlo de otra forma, de aquellas personas que, sin complicaciones sentimentales de ninguna especie, se disponen a satisfacer una necesidad puramente animal, es una manifestación puramente biológica de todo amor normal. El acto carnal ha sido llamado en toda época un "dulcísimo dolor" o un "placer doloroso", porque, en realidad, no es otra cosa sino la asociación de esos elementos tan opuestos. Dígase lo que se quiera en contrario, desde la raza más civilizada hasta la más primitivamente salvaje, ha reconocido que el amor, por su naturaleza, es dolor; es un fenómeno antropológico normal que se desenvuelve dentro de unos límites amplísimos y que se observa lo mismo en los seres humanos que en las especies animales inferiores.

El dolor en el amor es normal; pero esa normalidad debe encerrarse en unos límites prudentes, porque si no es así se cae de lleno en el campo amplísimo—y muy difícil de limitar, en este aspecto—de la patología, de lo completamente anormal, que bordea las lindes del Código y acaba por centrarse en el terreno del crimen. Así, pues, entre la normalidad y el delito sangriento, es decir, entre la simple querella de dos enamorados y la conducta sanguinaria de Jack, el Destripador, las gradaciones algolágnicas son numerosísimas y los motivos que las determinan de una variabilidad sin fin.

Los mujeres y los libertinos, especialmente los afeminados, sue-

len ser sadistas, es decir, individuos que gozan produciendo dolor. La debilidad de la mujer suele tornarse en crueldad cuando el hombre que las ama se somete a sus caprichos; es el deprimente convencimiento de su inferioridad física la cantera de esas reacciones violentas e instintivas, "sin intención", que buscan la venganza por la crueldad. Esta superioridad momentánea, que produce en su conciencia la sumisión del hombre, se convierte en un extraño impulso, en una especie de embriaguez comparable a la del luchador que, después de una dura contienda, se complace en seguir luchando o agrediendo al contrincante, vencido e inmóvil.

Los libertinos que ya han saboreado todos los matices de la sexualidad no logran la excitación sino a costa de esos poderosos estimulantes que brotan del dolor ajeno. Tiberio, Nerón, Heliogábalo, César Borgia y otros tipos históricos, que, a fuerza de excesos, llegaron a un estado de profunda depresión moral y física, son los antiguos representantes de esta perversión sexual, que no fué catalogada hasta que el marqués de Sade no retrató a esos hastiados libertinos, derrochadores de una inútil crueldad. Es la sensibilidad atrofiada, como si sobre el alma se hubiese tendido una corteza áspera y dura, sólo vulnerable a las emociones más violentas, penetrantes y enérgicas. Esos hábitos no reconocen límites ni respetan barreras; todos los fuertes incentivos de la voluptuosidad llegan a ser insuficientes para contrarrestar los efectos de la pérdida de las energías naturales.

Pero, justo es decirlo, en estos seres la normalidad suele haber dado paso a la demencia, o, por lo menos, a la neurosis que se heredó o que fué adquirida a consecuencia de los más exagerados excesos. Otras veces, como ocurre en todas las perversiones, es el recuerdo de una escena presenciada en la edad infantil lo que determina los impulsos algolágnicos, como sucede en el caso conocidísimo de Rousseau, y que refiere en sus Confesiones con el máximo lujo de detalles.

Ahora bien, el sadismo, como el masoquismo, no siempre van acompañando al acto sexual como se cree vulgarmente, sino que, en casos infinitos, no es necesario el contacto de las partes genitales para que la descarga erótica se realice. Esta es la gran diferencia que existe entre la algolagnia del amor natural, que siempre termina por traducirse en comunión carnal, y la perversión sádico-masoquista, en la que el acto sexual es reemplazado por otro cualquiera de violencia, de una crueldad real o simbólica, o de un

gesto más o menos brutal, obsceno, insultante, etc. No obstante, estas violencias suelen ser más frecuentemente de orden físico, consistentes en amenazas o actitudes de dominación, de humillación, de castigos corporales o de represiones vergonzosas.

En otros casos el sadomasoquismo constituye el camino obligado para alcanzar el fin; decimos obligado porque es el único por el cual puede llegarse a la satisfacción del impulso, o, dicho de otra manera, el imprescindible para obtener el estado tumescente preciso, imposible de ser provocado por otro procedimiento cualquiera.

Esta perversión está extendidísima, pero es más frecuente en la civilización que entre los salvajes, circunstancia que algunas veces nos hace dudar bastante acerca de su naturaleza instintiva, por lo que no hay más remedio que inclinarse a creer en la existencia de elementos más o menos artificiales, que aparecen más claramente definidos cuando vemos que, por regla general, las razas civilizadas superiores ofrecen pruebas más abundantes que las que se observan en pueblos de más bajo nivel cultural. Hasta cierto punto puede explicarse este hecho diciendo que la mayor licencia sexual de los pueblos supercultos, que permite el desgaste prematuro de las energías sexuales, da lugar al libertinaje en la expresión normal del impulso, el cual, una vez agotado, sufre una especie de embotamiento que le insensibiliza, como ya hemos dicho, contra las excitaciones normales. En cambio, entre las gentes cuyas leyes morales obran a modo de freno de esos instintos, impidendo su libre manifestación, es natural que el agotamiento no se opere con tanta precocidad ni que las excitaciones sean tan violentas. En cuanto a los salvajes, admitiendo que su sistema nervioso esté más pobremente desarrollado, podemos observar que los procedimientos algolágnicos se presentan algunas veces en forma idéntica a la que se manifiesta en los civilizados, pero sin que nunca lleguen a extremos exagerados, por la sencilla razón de que en éstos la sensibilidad natural está muerta y en los salvajes solamente menos acusada. De todas formas, el salvaje puede necesitar de la algolagnia como medio, pero raramente como fin, según se observa en las razas superiores; luego he aquí la principal diferencia entre unos y otros, aunque parezca ser el mismo fenómeno.

EL SADOMASOQUISMO EN GENERAL

Definición más apropiada de esta perversión sexual.—El sadismo según la literatura de Sade.—Masoquismo.—Difícil diferenciación de ambos términos.—Caso de sadomasoquismo.—Psicología. En el galanteo.—El crimen pasional.—Raíces biológicas.—Distinciones de los psicoanalistas.—Sadomasoquistas célebres.—Diferencia entre el hombre y la mujer.—El amante «calzonazos».—Como fenómeno de las masas.—El color rojo y la fascinación de la sangre.

La definición del *sadismo* ha sido hecha por diversos autores desde muy diferentes puntos de vista; mejor dicho, las opiniones acerca de cómo puede definirse esta perversión no acaban de estar de acuerdo, si bien todas se identifican en la base, de donde se deduce que, aunque el fondo es el mismo, sólo es la forma la que varía.

El tratadista Kraff-Ebing lo considera como una emoción sexual, asociada con el deseo de producir dolor y usar violencia, o también, "el impulso de un tratamiento cruel y violento con el sexo opuesto, y la coloración de la idea de estos actos por una emoción sexual". Moll describe el sadismo como una condición en la que "el impulso sexual consiste en una tendencia a golpear, maltratar y humillar a la persona amada". Féré lo define como "la necesidad de asociar la violencia y la crueldad con el placer sexual, no siendo esta violencia o crueldad necesariamente ejercida por la misma persona que busca el placer sexual en esta asociación". El doctor Garnier, que, desde luego, admite la normalidad de un cierto grado de sadismo, se refiere en su definición al sadismo patológico, diciendo que es "una perversión sexual impulsiva y obsesionante, caracterizada por una estrecha relación entre el sufrimiento infligido o representado mentalmente y el orgasmo sexual, sin cuya condición necesaria y suficiente la frialdad sería

absoluta". Hesnard dice que es una perversión sexual caracterizada por el deseo de placer erótico, obtenido bajo la idea de una violencia, no efectuada sobre los órganos genitales, sino ejercida sobre otra persona.

No obstante, si vamos a entender por sadismo las perversiones sexuales que el marqués de Sade describe en sus novelas, de cuyo nombre toman su definición, es necesario afirmar que todas esas definiciones no son completas. El doctor Dühren, que estudió el sadismo, ateniéndose exclusivamente a las obras del citado marqués—las cuales, justo es reconocerlo, constituyen el punto de partida de todos los trabajos realizados acerca de la psicopatía sexual algolágnica—, intentó una definición más completa diciendo: "Una conexión intencionadamente buscada u ofrecida por la casualidad, entre la excitación sexual y el goce sexual con la real, o tan sólo simbólica (ideal, ilusoria), apariencia de horribles y espantosos acontecimientos, accidentes y prácticas destructoras, que amenazan o destruyen la vida, la salud y la propiedad del hombre y de otras criaturas vivientes, y amenazan e interrumpen la continuidad de los objetos inanimados. La persona que por tales medios consigue placer sexual puede ser él mismo la causa directa o causarlos a otras, por medio de terceras personas, o simplemente como espectador, o, finalmente, ser, voluntaria e involuntariamente, el objeto contra quien se dirigen estos procedimientos.

Según esta definición, resulta que el sadismo es el placer sexual que se experimenta haciendo daño, produciendo dolores físicos y morales a las personas, a los animales y a las cosas. Esto es lo que hacen los personajes de las obras de Sade para terminar excitándose sexualmente; pero ello no es el sadismo que hemos de estimar puramente sexual, es decir, como el placer que se produce por el dolor causado a otra persona, sin distinción de sexo, ya que lo mismo se encuentra en la heterosexualidad que en las pasiones de los homosexuales.

El *masoquismo* es lo contrario que el sadismo; consiste en gozar, en experimentar placer sexual en virtud de los castigos corporales o morales infligidos por otra persona, humillaciones, insultos, vejaciones, etc. Como ya hemos dicho, el sadismo es la algolagnia activa y el masoquismo la pasiva. A veces no es preciso que el individuo sea sujeto activo o pasivo, sino que basta con que el espectáculo algolágnico se desarrolle ante sus ojos para determinar el grado

de erotismo necesario e incluso el orgasmo sexual sin más circunstancias.

Pero bien, después de todas las discusiones y opiniones habidas para definir exactamente el sadismo y el masoquismo, es decir, la algolagnia en general, relacionada con la sexualidad, parece mucho más acertado incluir a estos dos grupos de fenómenos en una definición general y amplia, que denominamos *sadomasoquismo*, y que es, en resumen, una perversión consistente en experimentar la voluptuosidad genital con la asociación de los dolores morales o físicos, bien produciéndolos, o bien dejándoselos producir.

La razón de este concepto general la encontramos en el examen de los dos fenómenos de la algolagnia activa y pasiva, ya que, a poco que se investigue, se llega a la conclusión de que, realmente, la línea que separa a ambas modalidades es imperceptible. Un caso por el que queda suficientemente demostrada esta identidad se contiene en el hecho siguiente: Se trata de un individuo de veintiocho años, algo neurótico, que durante su juventud, desde muy temprano, llevó una vida sexual bastante desordenada. En una ocasión se puso en relaciones con una bella muchacha, empleada en una fábrica y de posición social bastante inferior a la de su amante. Durante los primeros días, las relaciones, puramente platónicas, las cosas marcharon con normalidad, pese a que la joven conocía los antecedentes poco recomendables de su novio, pues en dos ocasiones hubo de sufrir arrestos o multas por haber golpeado a unas prostitutas, con las que tenía amistad en el aspecto que puede comprenderse.

Un día salió con su novia al campo, y como tardaran en regresar, un hermano de ella procuró averiguar el paradero de la pareja, sospechando algo anormal, ya que no ignoraba los antecedentes del joven. En efecto, como el hecho ucurrió en una pequeña capital de provincia, tuvo noticias de que su hermana había sido conducida a una clínica, donde fué curada de diversas lesiones en diferentes partes del cuerpo, que le había causado su brutal amante, el cual estaba detenido. Ante el juez y el médico legista que intervinieron en el suceso declaró el agresor que no tuvo intención de realizar ningún acto deshonesto con su novia, extremo que ella corroboró, sino que, de pronto, "y sin poderse contener", la dió un fuerte pellizco en un brazo, al que ella respondió con un grito de dolor y un reproche bastante duro a su brutalidad. "Entonces—declara—la sangre se me subió a la cabeza, y, notándome excitado, se-

xualmente de una manera repentina, la golpeé "para verla sufrir", sin darme cuenta perfecta de lo que hacía."

Declaró, y ésta es la parte más interesante del caso, que el dolor que ella experimentaba no le producía placer, sino que, por el contrario, sufría horriblemente, hasta el punto de verter lágrimas, "como si fuese él mismo quien recibía los golpes" que le causaban un dolor insoportable, pero que también le proporcionaban un placer inesperado que le hizo llegar a la eyaculación. En ese momento, cuando el impulso estaba satisfecho, se dió cuenta de todo el mal que había hecho, puesto que la joven estaba desmayada. Entonces requirió el auxilio de unos campesinos para trasladar a la joven a la clínica, presentándose espontáneamente a la Policía.

Es este un caso típico y que puede servir de ejemplo claro en la explicación de la forma de tales fenómenos, sin dejar de comprender, como hemos dicho al principio, que la variabilidad de la algolagnia es infinita, aun en las gradaciones puramente perversas.

Lo más corriente es que los sádicomasoquistas se sirvan de su aptitud de ser excitados por el sufrimiento, efectivo o simbólico, activo o pasivo, para llegar al orgasmo sexual, que es determinado o, al menos, facilitado por maniobras autoeróticas y a veces por el acto normal, en cuyo caso nada tiene de extraño que se trate de individuos impotentes e insensibles a las excitaciones normales.

La psicología del sadomasoquismo revela, en efecto, una relación profunda y constante entre la sexualidad y el dolor, lo que se advierte considerando los fenómenos del cortejo a que ya hemos hecho alusión en otro volumen.

Entre los animales, los actos de la galantería, encaminados a apoderase de las hembras, se traducen a veces en combates, que esas hembras presencian con marcada atención y que tienen su final en un acto sexual violento. Esta crueldad del macho se conserva de una manera simbólica entre ciertos pueblos primitivos, como, por ejemplo, en los *massai*, pueblo africano, donde un hombre no tiene derecho a pretender a una mujer si antes no ha ensangrentado su lanza en el cuerpo de un enemigo. Entre los *waregas* del Africa Occidental, donde existe la poligamia, los hombres se disputan a las mujeres en combates, que a veces terminan con la muerte de uno de los contendientes. En la lucha se protegen con fuertes escudos de fibra y acometiéndose a lanzazos. Las mujeres presencian el combate, animando a los luchadores, sin expresar al principio preferencias por uno u otro. Después, a medida que la lucha sigue, la

joven disputada se decide por el que lleva trazas de vencer, aunque física y moralmente no sea el más perfecto de los dos bárbaros. (Lámina I.)

Con esto queremos demostrar, sin necesidad de recurrir a más ejemplos, que la analogía entre el amor y el dolor es más estrecha de lo que parece. Influyen entre los salvajes, como hemos visto al hablar de la selección sexual, determinadas circunstancias que los civilizados no aprecian en su justo valor, por la sencilla razón de que las condiciones de la vida civilizada son muy distintas a las de los pueblos primitivos. En éstos, no cabe duda que el valor y la energía física representan los factores esenciales del equilibrio social, ya que en la guerra y en la caza se encuentran los elementos de vida imprescindibles para asegurarse el bienestar propio y el de la prole, lo que no ocurre entre los civilizados, que disponen de otros medios más fáciles para conseguir el mismo fin. No obstante, sin necesidad de invocar aquellos torneos de la Edad Media, en los que los caballeros no perseguían otros fines que conquistar los favores de una dama, en la vida contemporánea nos encontramos con competiciones deportivas, que si bien no llevan consigo la necesidad de producir o evitar un dolor físico entre los contrincantes, casi siempre se traducen en dolores morales.

Tampoco puede decirse, en términos generales, que este procedimiento sea empleado por los hombres para atraerse la atención de las mujeres, ya que casi siempre es un fin deportivo y no un fin amoroso lo que se pretende alcanzar; pero si nos situamos, por ejemplo, en un pueblo o núcleo de población más reducido, veremos que el galanteo sigue efectuándose en condiciones algolágnicas, semejantes a las que nos ofrecen los salvajes. Esos sucesos que los periódicos titulan, por ejemplo, "El amor a la fuerza", o también, "Por el amor de una mujer", son pruebas palpables de que ese elemento primitivo del sufrimiento en el amor aún existe rezagado en los estratos inferiores de la civilización. A partir de la época romántica hasta nuestros días, los duelos por amor han sido muy frecuentes y han llenado muchas páginas en los folletines de fin de siglo.

Todo esto prueba que, en muchas ocasiones, cuanto mayor es el amor que inspira una persona, más dispuesta está la inspirada a sacrificarse por ese amor. El sacrificio, no cabe duda, es una forma algolágnica, pues no hay sacrificio sin dolor, ya sea físico o moral. Esto es, por decirlo así, el sadomasoquismo normal; pero

esto, no obstante, también hemos de considerarlo como la base fundamentalmente biológica de la perversión del sadomasoquista que llega al extremo del asesinato en un momento de exaltación sexual, ya que las formas del impulso adoptan diversas medidas, desde el simple mordisco en el acto del coito hasta la mutilación de cualquier parte del cuerpo amado, o simplemente gozado, hecha con los dientes.

La conclusión que puede deducirse de todos estos hechos es que el sadomasoquismo, al igual que todas las perversiones sexuales, tiene prendidas sus raíces en las mismas capas que lo están las de la sexualidad normal. No puede decirse, por lo tanto, que sea una anomalía psicosexual más que cuando la tendencia originaria normal que la condiciona, disociada de la impulsión genital, orientada hacia el acto natural y lícito, en el que debe concentrarse toda la energía, aparece con un carácter difuso, de inlocalización y de capacidad de realización extragenital psíquica.

El impulso sadomasoquista ha sido analizado por Freud en esos términos, poco asequibles, del psicoanálisis, empezando por formular la hipótesis de que la tendencia primaria, que se exterioriza en la violencia, se confunde en su origen con la actividad vital misma. Freud supone que en los organismos complejos, multicelulares, preside una tendencia a la destrucción y a la muerte, y que es la impulsión sexual primitiva la que tiene por misión biológica neutralizar esta tendencia. Para lograr esta finalidad, dicha energía deriva en gran parte hacia fuera, sobre los objetos exteriores, por medio del sistema neuromuscular, tendiendo a realizarse por la destrucción ajena en la forma más grave, y, en la atenuada, por la posesión o la dominación. Así, pues, según la teoría freudiana, el elemento de esta gran tendencia psicomuscular, puesta directamente al servicio de la función sexual, es lo que constituye el sadismo erógeno.

El psicoanálisis distingue: Primero, un *sadomasoquismo erógeno*, que corresponde, según Hesnard, al que se estudia bajo la forma de perversión sexual, o sea el desarrollo sobre el plano erótico, de la gran tendencia sádica primitiva del ser humano; segundo, un *sadomasoquismo moral*, que se caracteriza por el doble hecho de que la voluptuosidad erótica es menos francamente irradiada al órgano genital, y que el objeto no es necesario; en este aspecto, el sufrimiento se busca respecto de cualquier sujeto, real o imaginario, efectivo o simbólico. Bajo la forma pasiva del masoquismo

moral—dice Hesnard—no es propio de la perversión más que el estado mórbido, caracterizado por un sentimiento, más o menos consciente, de culpabilidad, síntoma constante de la neurosis. El grupo tercero está constituído por el *sadomasoquismo de comportamiento*, que representa el conjunto de hechos de carácter o de conducta que se traducen en el elemento de violencia incorporado a las tendencias sexuales normales. En el hombre, éste es el sadismo atenuado, que determina la actitud agresiva, combativa, del macho. En la mujer, éste es el masoquismo que revela el deseo de ser tratada pasivamente, de aceptar la ausencia del órgano macho, el dolor atenuado del hecho sexual e intenso del parto.

Así, pues, para el psicoanálisis, la tendencia sadomasoquista, que se confunde con el origen de la vida misma, comprenderá, no solamente los elementos de la función erótica, cuya acentuación da lugar al nacimiento de la perversión sexual correspondiente, sino que, además, una buena parte de las tendencias psíquicas primarias, y particularmente todas las que laten dentro del individuo, contenidas por el medio moral, por la educación, por la "contrasexualidad", elaboran en el espíritu humano toda la moral, sexual y no sexual, desde el imperativo categórico hasta las entidades míticas restrictivas del deber, el pecado, Dios, la fatalidad, la muerte, etcétera (Hesnard).

Tal concepción—afirma dicho autor—es poco comprensible para dar clara cuenta de la significación científica y práctica de la perversión sadomasoquista. No obstante, pese al juicio del profesor Hesnard, estimo que es muy difícil, con filosofía o sin ella, conceder un valor científico serio a esos dos fenómenos clínicos, que contienen a varias formas de manifestaciones o subfenómenos, por decirlo así.

En estas formas hay que establecer distinciones precisas, según se trate del predominio de la actitud hacia el hecho activo o pasivo, de los cuales el primero es más frecuente en el hombre y el segundo en la mujer.

En el aspecto científico de la cuestión, es bien poco lo que hay que hacer; Havelock Ellis dice que "no hay solución de continuidad en los eslabones que unen las manifestaciones absolutamente normales del sexo con las mayores violaciones de la ley humana". Y agrega: "Esto es tan cierto, que, al decir que estas manifestaciones son violaciones de todas las leyes humanas, no podemos añadir, porque sería obvio, que son también violaciones de todas las

leyes naturales. Con que nos remontemos en el tiempo o en el mundo animal, encontramos aquellas manifestaciones que, desde el punto de vista humano, están en el grado extremo anormalmente sádico, y que son ahora completamente normales. Entre varias especies, antes o después del coito, tienen lugar normalmente peleas y combates; si retrocedemos al principio de la vida animal, en la misma conjugación sexual del protozoario encontramos que se presenta algunas veces la apariencia, si no la realidad, de devorar completamente un organismo a otro. En una gran parte de la Naturaleza, como se ha dicho muy acertadamente, "sólo un ligero velo separa el amor de la muerte".

"Hay, en efecto, una gran diferencia. En el sadismo anormal, que aparece de cuando en cuando entre los seres humanos civilizados, es casi siempre la hembra la que se convierte en víctima del macho. Pero en el sadismo normal, que ocurre en una gran parte de la Naturaleza, es casi siempre el macho la víctima de la hembra. Es la araña macho la que fecunda a la hembra con riesgo de su vida, y algunas veces perece al intentarlo; es la abeja macho la que, después de su unión con la reina, encuentra la muerte en el abrazo fatal, mientras que ella aparta sus entrañas y prosigue tranquilamente su vuelo. Si alguien cree que el curso de nuestras averiguaciones nos conduce a contemplar con ecuanimidad, como un fenómeno natural, cierta apariencia de crueldad en el hombre en sus relaciones con la mujer, puede considerar que este fenómeno es sólo un ligero contrapeso de la crueldad, que ha sido naturalmente ejercida por la hembra sobre el macho mucho antes de que existiese el hombre."

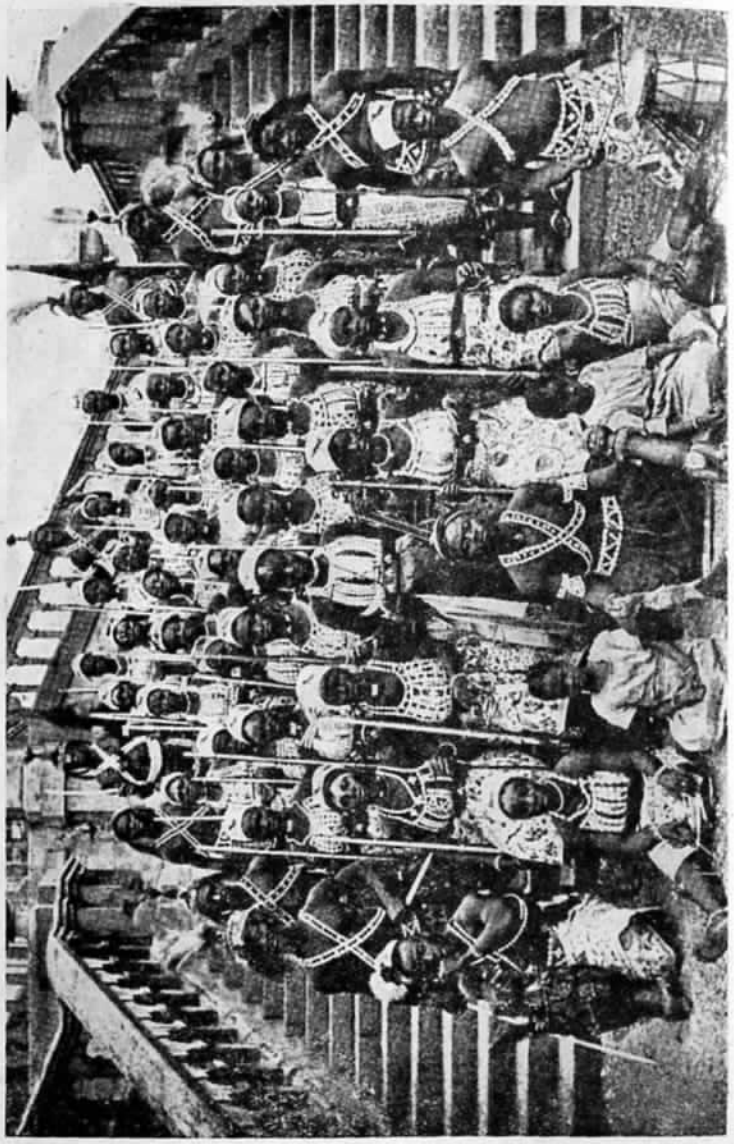
Muchas veces el masoquismo de la mujer es una forma perfectamente definida de la primitiva crueldad de la hembra, lo mismo que el sadismo se practica muy frecuentemente por los hombres débiles, al contrario de lo que se ha sostenido por algunos autores, al afirmar que la inclinación algolágnica activa era necesario interpretarla como un exceso de masculinidad. El hombre fuerte, en sus relaciones con las demás personas y en las amorosas con las mujeres, propende más a la ternura que a la crueldad, no tal vez porque no experimente esos impulsos, que los experimenta muchas veces, sino por la razón de que en su fortaleza encuentra energías suficientes para dominar los impulsos que tiendan a producir alteraciones en su equilibrio mental, al que las pasiones rara vez afectan de una manera inevitable.



HOMBRES «WAREGAS»

Al igual que en otras razas africanas, estos hombres se disputan los favores sexuales de las hembras por procedimientos de típica significación sádicomasoquista.

LAMINA I



AMAZONAS DEL DAHOMEY

Un ejemplo de sadismo colectivo de significación claramente sexual, lo dan estas mujeres con los enemigos vencidos, a los cuales hacen objeto de las más crueles atrocidades.

LAMINA II

Al hablar del hombre fuerte, nos referimos a aquel que, tanto física como mentalmente, practica y comprende el amor sexual, sin que la estructura anatómica sirva para establecer cánones naturales. No obstante, cuando esa estructura revela en el individuo una organización afeminada, no cabe duda que el sadismo no anda lejos, determinado por su propia debilidad, como ya hemos dicho anteriormente.

En cambio, cuando se trata de mujeres de aspecto viril, nos encontramos con el mismo fenómeno, como si ambos seres, el afeminado y la virilizada, representasen los dos pesos equilibrados en la balanza de la algolagnia; cuando hablemos del sadomasoquismo de los homosexuales veremos la expresión de tales fenómenos en formas completamente comunes a los dos sexos, lo mismo en la parte física que en su aspecto moral.

La mujer da pruebas de un grado de crueldad mayor y más refinada que la del hombre en todos los aspectos de la vida; ¿cómo, pues, no ha de observarse ese mismo fenómeno en lo que atañe a la vida sexual, ya que la sexualidad es la parte esencialísima de la vida de la mujer? Catalina de Médicis, Aspasia, Cleopatra y otras mujeres célebres, fueron verdaderos monstruos, que cometieron horrores sólo igualados por hombres de temperamento femenino, como Calígula, Nerón, Heliogábalo, Borgia y muchos otros asesinos geniales que en el mundo han sido. Virey, en su célebre libro *La mujer*, cita el caso de unas "delicadas criollas, que, después de haber disfrutado de los goces más voluptuosos, hacían matar a latigazos ante sus ojos a los infelices negros".

La forma más elemental y atenuada del sadismo de la mujer la encontramos en las primeras fases del cortejo, cuando atrayendo al hombre, hace como que le rechaza. Todo ese juego perverso de la coqueteria, ¿qué otra cosa es más que una tendencia sádica natural, encaminada a hacerse más codiciable?... En muchas, en todas, mejor dicho, esos primeros movimientos de repulsa son instintivos, por lo que no podemos decir que sean fingidos; es una actitud natural que no comprende el hombre, sobre todo después de haber visto que le ha "hecho cara", como vulgarmente se dice.

Pero este punto elemental, de este extremo inofensivo, por decirlo así, hasta el sadomasoquismo perverso y avanzado hay gradaciones infinitas. Muchas veces el sadismo del hombre no tiene otra justificación que el sadomasoquismo de la mujer, de la misma for-

ma que el masoquismo femenino tiene su origen en la actividad algolágnica del hombre, según demostraremos en otro capítulo.

Como causa general de la algolagnia activa, y muy especialmente de la pasiva, hay que reconocer la diferente condición del hombre y de la mujer, que, al mismo tiempo, se deriva de la diferencia de ambas naturalezas. Físicamente, no cabe duda que el hombre es más fuerte que la mujer; de aquí la natural tendencia del sexo masculino a someter al femenino a los dictados de su imperio, que a su vez reconoce la preponderancia del macho, sintiendo la necesidad de ser dominada, protegida y acariciada, que es el final de toda su actitud. Ahora bien, cuando la sexualidad anda de por medio, es decir, cuando la mujer se ha apoderado del hombre por el sexo—el hombre se apodera de la mujer por el alma—, lo somete a sus caprichos, lo retiene, hace de él un esclavo, un pelele sin voluntad, un verdadero autómata, a quien mueve al compás del ritmo que marca su sensualidad pasiva, su verdadera naturaleza física. Entre los primitivos indios del Brasil central, se dice lo mismo que sostienen otros salvajes, que el hombre es el señor y dueño de la mujer y que... sólo hace lo que ésta quiere.

Pero no hace falta acudir al ejemplo de los pueblos primitivos, cuando, en plena civilización, encontramos a diario ejemplos innegables de esta extraordinaria potencia de la sensualidad femenina. "El verdadero *pantoffelheld*—dice Bloch—, o sea el "héroe de la chancleta o calzonazos" de nuestra civilización moderna, porque también los hay aparentes, es el hombre que, dominado por su excesivo apetito sexual, sucumbe desde el principio a la autoridad de su mujer, que, valiéndose de ello, logra tenerle siempre sometido a su omnímoda voluntad, voluntad que, secundariamente, va extendiéndose a otros terrenos. Este es el secreto psicológico del que pudiéramos llamar "heroísmo de la chancleta", y también "de la soberanía o régimen de las queridas", que, en sus orígenes, sólo abarcó las relaciones puramente sexuales entre ellas y los reyes o príncipes, y, más tarde, se dedicó a influir en la política. Mientras mayores son la pasividad sexual y la frigidez de la mujer, más fácilmente le será conseguir dominar al marido."

Esta afirmación del sabio sexólogo alemán encierra una verdad innegable, y la explicación del fenómeno no puede ser más sencilla, con sólo recordar cuáles son las diferencias psicosexuales que existen entre los dos sexos.

La escasa energía volitiva de que dispone un hombre muy sensual para oponerse a las apelaciones de su sexo se traduce, naturalmente, en debilidad. Todas las actividades de la inteligencia resultan absorbidas por la poderosa fuerza del instinto, y, en esta lucha, por decirlo así, entablada entre la razón y el impulso, no queda firme más que la energía puramente animal o física.

La mujer no dispone de otros medios para someter al hombre que los que se deriven de la voluptuosidad. Para conseguir esta finalidad, el sexo femenino ha necesitado siempre la crueldad, que si, por regla general, no es más que una actitud instintiva, en muchos casos obedece a una táctica bien meditada, a un plan sistemático y largamente experimentado, que sólo fracasa cuando el enamorado o pretendiente logra hacer compatible su disposición de ánimo con la satisfacción de su impulso animal, sirviéndose de otra mujer. Aquí nos volvemos a encontrar de nuevo con los celos, que, como decíamos en el volumen correspondiente, no son más que la convicción de que los derechos de propiedad, que la mujer cree tener sobre el hombre que la corteja, han sido lesionados o arrebatados. En muchos amores, sobre todo cuando el hombre responde a la actitud de la mujer, separando el impulso intelectual del instinto sexual y empleando esas energías independientemente, la cortejada experimenta los celos muchísimo antes de haber conocido el amor, que al principio del galanteo adopta en ella una forma claramente definida de contrasexualidad.

Pues bien: tanto en la actitud de ella como en la conducta de él, ¿no existe perfectamente acusado el elemento algolágnico? Si nos fijamos bien, se verá que en esa inmensa mayoría de casos a que nos referimos es fácil que ni ella "quiera hacerle sufrir", puesto que está dispuesta a amarle, a entregarse, ni él piense, ni remotamente, que a su pretendida puede hacerle daño el conocimiento de sus aventuras sexuales.

Tal es la algolagnia moral en sus principios de asociación con el amor, o, por mejor decir, como parte integrante de esos primeros movimientos psicosexuales, que más tarde determinan la pasión amorosa, que a la vez da lugar a que se desarrollen esas aptitudes originales. Los grandes amorosos han sido casi siempre grandes sadomasoquistas; este es un punto importantísimo, cuyo significado no escapa al conocimiento de los seres de inteligencia reducida y que se condensa en el dicho popular que afirma que "el amor, para ser querido, tiene que ser reñido".

Claro es que tal concepto no deja de ser antisocial y opuesto

en absoluto al concepto universal del amor, que los principiantes basan en una eterna y empalagosa felicidad, de la que jamás piensan que pueda ser turbada por nada ni por nadie, lo que ocurre en algunos casos, pero ello cuando por casualidad se unen un hombre y una mujer de idéntico temperamento sexual, demostración evidentísima de que la anormalidad anda por medio en cualquiera de sus formas. Un hombre refería en cierta ocasión que durante toda su vida de matrimonio, que había durado seis años, sólo tuvo con su mujer treinta y cinco contactos carnales, "porque ni a ella se lo exigía su naturaleza—dice—ni a mí tampoco la mía". Ella era frígida, seguramente a consecuencia de la masturbación, que practicó con exceso, y él un neurótico, que padecía obsesiones, tales como la de creer que los placeres sexuales pueden producir, en ciertos casos, congestiones fulminantes.

Como resumen de las consideraciones que preceden acerca del sadomasoquismo en el amor, es necesario hacer alusión, muy ligeramente, a los fenómenos sádicos que se observan en las multitudes. Nietzsche dice que la crueldad es la base fomentadora de toda la cultura superior, y, al efecto, escribe lo siguiente: "Casi todo lo que llamamos "la superior cultura" se basa sobre la espiritualización y profundización de la crueldad...; en el teatro, lo que produce el doloroso placer de una comedia es crueldad; lo que en el denominado sentimiento de trágica compasión, y mirando en el fondo de todo lo sublime, nos eleva hasta los más delicados escalofríos de la metafísica, embriagándonos dulcemente, debe su dulzura únicamente al mezclado ingrediente de la crueldad. Lo que el romano en la arena del circo, el cristiano en el éxtasis de la cruz, el español en las corridas de toros, el japonés actual, al que incita la tragedia; el obrero de los suburbios, que siente la nostalgia de una revolución sangrienta; la wagneriana, que, suspensa la voluntad, "deja sufrir" a Tristán e Iseo...; todo lo que esos gozan y en lo que con misterioso ardor quisieran empapar su alma, son los filtros envenenados de la gran encantadora Circe, la crueldad."

Bloch también sostiene que el sadomasoquismo es un "fenómeno de las masas", que puede observarse en todos aquellos actos y espectáculos que implican una humillación, una tortura, un suplicio cualquiera, un sufrimiento, en fin, para alguien. La ley de Lynch es un ejemplo claro de las multitudes criminales, que indudablemente obran animadas por un anhelo de placer—que, huelga decirlo, no es sexual—, pero que a veces se exponen a las consecuencias de la represión de la autoridad que legalmente trata de proteger el objeto del linchamiento. Claro es que en este punto deben tenerse presentes ciertas circunstancias sentimentales e influencias sociales muy poderosas. En España tenemos muchos ejemplos, en la actualidad, de esos movimientos sádicos de las multitudes. En el fondo, puede ser que exista un placer en la práctica de la ley de Lynch; pero también es necesario tener en cuenta el estado de ánimo producido en esas multitudes por los crímenes y delitos de toda naturaleza que cometieron los linchados, hechos que naturalmente oprimen no sólo el ánimo, sino la libertad y hasta el derecho de vida de las personas honestas, que viven atemorizadas bajo el terror que imponen los desalmados. En Barcelona, un atracador fué linchado por la multitud; en otro pueblo de Cataluña, el público se apoderó de uno de estos delincuentes, matándolo; hace muy pocos días, los honrados y pacíficos vecinos de un pueblo de Andalucía intentaron rociar con gasolina y prender fuego al autor de un asesinato, y así pudiéramos aludir a muchos sucesos, motivados por la reacción de la conciencia ciudadana ante los crímenes que los poderes no castigan de acuerdo con el sentimiento vindicativo popular. Pues bien, todos estos actos no tienen otro origen que ese deseo instintivo y remoto de destruir y matar que motiva el odio y también, extrañamente, produce el amor. Se ha sostenido siempre que entre el amor y el odio no hay más que un paso, y es absolutamente cierto. El odio se manifiesta por la destrucción y la muerte; el amor, que puede llegar a la locura, produce en el apasionado idéntica disposición, la cual surge de ciertos instintos, profundamente arraigados en el alma de las gentes, individuales o colectivas, y que podemos observar fácilmente en los hechos de la existencia diaria.

Viniendo de nuevo al terreno de la sexualidad, que hemos abandonado por unos instantes para aludir a esos fenómenos tan interesantes de la crueldad humana, es necesario hacer alusión a la finalidad *instintivamente buscada* en el sadomasoquismo en su grado extremo, de "ver brotar la sangre", cuyo mecanismo más elemental y frecuente es el mordisco en sus manifestaciones normales, y que seguramente no es más que un rastro del primitivo canibalismo, que en el amor se traduce por un deseo de devorar al ser amado.

Aunque de este aspecto trataremos en el volumen XXXVII, titulado *Las grandes aberraciones*, nos referiremos ligeramente a la "fascinación de la sangre" en la sexualidad, ya que ese objeto na-

tural produce una emoción profunda que no es igualada por ningún otro.

En primer lugar, está demostrada la influencia que en la excitación sexual produce el color rojo en sus diferentes tonalidades; un individuo de cuarenta y tantos años, neurótico, experimentaba el orgasmo viendo correr la sangre, fuese en una persona o un animal, pero que jamás se hubiera atrevido a producir la más ligera lesión con la punta de un alfiler. Cuando iba a alguna casa de prostitución llevaba en los bolsillos barras de carmín, con las cuales hacía como que asestaba cortes en el rostro y el cuerpo de las prostitutas que se sometían a este extraño e inofensivo capricho. Después de haberlas pintarrajeado el cuerpo con esas fingidas puñaladas, admiraba su obra con gesto de visible emoción sexual, pagaba y se iba tranquilamente a presidir el Consejo de administración de unas importantes minas.

Ellis explica el fenómeno de la fascinación de la sangre porque, lo mismo que la crueldad, es un accidente del combate, y el combate es parte esencial de la galantería animal y de las razas primitivas, "ciertamente su accesorio más frecuente". Considera probable que la causa de los asesinatos sexuales sea casi siempre el deseo de ver correr la sangre y no producir la muerte. Lepmann demuestra que semejantes asesinatos son generalmente producidos por heridas en el cuello o mutilación del abdomen, nunca por heridas en la cabeza. Son los casos de los sádicos sanguinarios, que ya estudiaremos en el volumen anteriormente citado.

No obstante, en virtud de las confesiones hechas por algunos sádicos, la sangre no parece ejercer la misma influencia en todos los temperamentos. Por lo general, la sangre menstrual produce siempre una viva repugnancia, que llega hasta el extremo de anular por completo el impulso sexual, aunque vista en otra parte del cuerpo y producida precisamente por el sadista representa la suma de las máximas excitaciones.

Ahora bien, aunque muchos de estos pervertidos sientan repugnancia por los hechos cruentos, cuando la sangre brota de cualquier herida causada involuntariamente (1), si el sádico está enamorado de su víctima, inmediatamente piensa que esa sangre es la prueba innegable del dolor que padece la amada, en cuyo caso se siente impulsado hacia ella por un sentimiento de profunda piedad, que se traduce en el deseo de procurarla el máximo placer en compensación del dolor causado. He aquí una de las razones del masoquismo de muchas mujeres normalmente constituídas, en las cuales no es el dolor moral que sufre el amante lo que las excita, sino la actitud que adopta el causante de la lesión, prodigándola todas las caricias necesarias para hacerla olvidar el dolor infligido, única finalidad que ella persigue, sin preocuparse del conflicto moral que el suceso haya podido producir en el hombre.

(1) Al decir «involuntariamente» nos referimos a la falta de intención deliberada de producir la herida, es decir, de una manera fría y calculada, como ocurre en los sádicos sanguinarios, que lo primero que necesitan es ver correr la sangre para excitarse. Así, pues, en los casos más benignos, como el del ejemplo citado, la repugnancia no es a la sangre, sino a hacerla brotar voluntariamente.

Por otra parte, la fascinación de la sangre puede presentarse de una manera puramene episódica, y sin que el individuo, completamente normal, haya experimentado antes el menor deseo o inclinación sexual perversa. Se refiere el caso de un muchacho de diecisiete años, considerado siempre como absolutamente normal, sin signo alguna de degeneración ni señales de histerismo o de alcoholismo, que había tenido relaciones sexuales ocasionales durante dos años, y en una ocasión, estando en erección, causó tres heridas a una muchacha, en el pecho y en el abdomen, con un cuchillo de cocina, que había comprado con este propósito. Inmediatamente después de cometido el acto se arrepintió de él, y, tomando en cuenta todas estas circunstancias, fué absuelto por el tribunal (H. Coutagne).

Este impulso, desde luego, no es normal, aunque el individuo no haya dado jamás la menor prueba de desequilibrio, y seguramente si se hubiese investigado con más detalle, es fácil que hubieran podido descubrirse los orígenes, más o menos remotos, del hecho accidental. Por eso dice un autor que "la asociación de la emoción sexual con la sangre es una perversión tan extrema que se convierte en fases obviamnte crueles, repulsivas y monstruosas en alto grado, que es necesariamente rara, y los que la experimentan son con frecuencia más o menos imbéciles".

Y, por último, aunque se trate de individuos perfectamente normales en todas las manifestaciones de su actividad, sucederá con el sadomasoquismo lo mismo que ocurre con la homosexualidad, que se trata de una perversión del impulso sexual, caracterizándose los que la padecen por la existencia en su organismo psíquico de lesiones, traumatismos o móviles que, al resultar francamente incomprensibles para el ser verdaderamente normal, constituyen la prueba más evidente de la anomalía.

FORMAS CLINICAS DE LA PERVERSION SADICA

Punto de partida para la apreciación correcta.—Los tres grandes grupos del sadismo.—El sádico no revela exteriormente su perversión.—Los sádicos criminales.—El sádico sanguinario y el delincuente común.—Los grandes sádicos.—Sadismo colectivo.—El crimen del sádico.—El «Salón d'Art» de la Policía parisién.—Sádicos neurópatas. Fantasmas eróticos.—Los que comen carne y beben sangre humana.—Sadismo de palabra.

Después de conocidas las características generales del sadomasoquismo en la forma que las acabamos de exponer, es preciso completar ese estudio ateniéndonos a las divisiones hechas por la clínica, analizando, *grosso modo*, las variedades fundamentales de la perversión, primero desde el punto de vista del sadismo, y desde el del masoquismo después, ya que ambas modalidades se presentan claramente aisladas en bastantes casos.

En cuanto a las formas del sadismo, lo más prudente es describirlas teniendo en cuenta el grado de impulsividad o de gravedad de las consecuencias derivadas de su práctica, sin olvidar ni un momento que, como dice Regis, "es, entre todas las perversiones sexuales, la que conduce a la realización de los actos más graves". Afirma, en apoyo de su correcta tesis, que el degenerado sádico que en imaginación golpea, azota, castiga y martiriza a una mujer hasta hacerla sangrar, al que en realidad la mata, la mutila, o la abre el vientre, no existe en realidad más que una diferencia de transición y de grado, fundándose en la ley psicológica de que la idea o la intención son formas del movimiento que comienza a operarse.

Los tres grandes grupos que pueden construirse con los sádicos son: los criminales, los perversos y los neurópatas. Pero bien: aun admitiendo esta división arbitraria, resulta que en ellas no puede clasificarse a todos los sádicos vivos, sino que sólo sería posible

hacerlo con los que hubieran muerto, por la razón simplicísima de que el sadismo no adopta siempre las mismas formas en un mismo sujeto. Decir, por ejemplo, que tal individuo pertenece al grupo de los sádicos neurópatas, casi pudiera admitirse en términos generales, puesto que la neurosis rara vez es ajena al fenómeno; mas tratar de hacer la afirmación "clínica" de que otro cualquiera pertenece al grupo de los perversos, con intención de dejarle incluído en tal índice, no cabe duda que es muy aventurado, porque lo mismo puede derivar hacia el tipo criminal que volver al buen camino y convertirse en un ser perfectamente honorable en todos los aspectos. Así, pues, aunque algunos autores se obstinen en dividir al sadismo en esos grupos, siempre resultará menos arriesgado, y también más correcto, hacer la división de los hechos sádicos sin ocuparnos esencialmente de los individuos; es decir, para mejor comprensión del lector, que con el sadomasoquismo no hay posibilidad de obrar lo mismo que con el homosexualismo, por ejemplo, ya que las características psíquicas y hasta fisiológicas del sujeto permiten muchas veces hacer un diagnóstico casi completo de la sexualidad del mismo, mientras que el de la perversión algolágnica, hasta que el hecho no se ha ejecutado, la clasificación resulta completamente imposible.

En este punto he de sostener mi convicción absoluta de que las cosas ocurren así y no de otra manera. Un médico, cuyo nombre no tengo necesidad de citar, aseguraba que conocía cuáles eran las tendencias sexuales de varios de sus amigos, y muy especialmente si se trataba de sadistas o masoquistas. Su petulancia era—y debe seguir siéndolo—tanta, que hasta para su esposa era difícil soportar sus audaces afirmaciones en aspectos que a lo mejor ignoraba en absoluto. En una ocasión surgió lo del diagnóstico "a simple vista" del sadismo, y se citó el nombre de un amigo, médico también y tan extraordinariamente sensato que, a pesar de sus cuarenta años, permanecía soltero, y digo esto porque estoy convencido de que una de las más firmes pruebas de cordura que puede dar un hombre es permanecer soltero a esa edad.

El médico en cuestión, que se hallaba reunido en su casa con varios amigos, su esposa y las de algunos de ellos, aseguró firmemente que el soltero era un sádico consumado. Nadie replicó; pero la esposa, que seguramenve tenía abundantes razones para ello, afirmó sin poderse contener:

—Pues yo estoy segura de que eso no es cierto.

Por lo tanto, ateniéndonos a ese principio, tratemos de pasar una ligera revista a estos tres tipos clínicos tradicionales o frecuentes, estudiando al individuo "hasta el momento de analizarle clínicamente".

Los *sádicos criminales*, cuyos hechos llenan numerosos folios en los registros policíacos y judiciales del mundo civilizado entero, son, en realidad, más raros que los que incluímos en las restantes subdivisiones.

Se conocen muchísimos casos de asesinos sádicos que degollaron, estrangularon, despedazaron y llegaron a castrar a sus víctimas, hechos cometidos con impulsividad más o menos ciega, o, por el contrario, llevados a cabo con toda clase de atroces refinamientos inconcebibles. "Todas las transiciones—dice Hesnard—pueden observarse entre esos extremos; de una parte, los monstruos, que, asesinos a la manera de todos los asesinos, obran inducidos por el deseo de un fin más o menos utilitario o por un sentimiento violento cualquiera (el fin y el sentimiento se alían simplemente a un deseo obscuro y profundamente voluptuoso de matar, de suprimir la vida) y, de otra parte, los diletantes de la crueldad, de la sangre, del asesinato, que matan y mutilan con refinamiento, únicamente por matar."

Algunos de estos criminales son degenerados hereditarios, que presentan asimetría facial, prognatismo y desigualdad de las orejas; no obstante, tales características antropológicas no puede decirse que sean exclusivas de los sádicos criminales, sino que se encuentran en delincuentes sanguinarios comunes. En cuanto a los caracteres de sus actos sádicos, puede decirse que son los ordinarios: obsesión, impulsión, acto cometido con plena conciencia y a veces remordimiento.

Por los objetos de sus crímenes se les puede subdividir también en categorías: unos prefieren y buscan a las muchachas jóvenes impúberes, otros no se dirigen más que a las prostitutas, algunos a los individuos, hombres o mujeres, de una clase social determinada; otros a las mujeres de cierta edad y posición, etc., y la mayoría, no distingue edad, posición ni condiciones sociales, sino que matan solamente por matar. Los hay también que eligen a los niños, y otros a los animales. También se conocen casos de grandes sádicos, como el llamado Andrés Bichel, francés, el cual solía comer un pedazo de carne o beber sangre de sus víctimas, después de cortarlas en pedazos, con la misma perfección que un carnicero

puede hacerlo con una res cualquiera. De éstos dice Hesnard que demuestran en su sadismo un comportamiento que deja adivinar la supervivencia sexual digestiva, es decir, el deseo de comerse el objeto de su pasión.

Las formas de matar suelen ser también distintas; el famoso asesino italiano Verzeni, que estrangulaba a sus víctimas, aflojaba sus dedos de la garganta de éstas desde el momento que se producía la eyaculación; si el orgasmo venéreo tardaba en producirse, seguía apretando, y, según se pudo comprobar, estrangulaba completamente a la muchacha y después mutilaba sus órganos sexuales o valiéndose de una navaja o bien de sus propios dientes. Este individuo cometió seis asesinatos de esta naturaleza en pocos meses.

Tiberio y Nerón son, sin duda alguna, los grandes sádicos más célebres de que nos habla la Historia; su mayor placer estribaba en presenciar las torturas a que eran sometidos los esclavos y cristianos. Más reciete es el caso de Giles Rays, célebre mariscal francés, que vivió en la Edad Media, y que mató a más de ochocientos niños y muchachas jóvenes. Otro personaje fué Carlos de Navarra, llamado *el Malo*, el cual hacía que dos jóvenes realizasen el coito en su presencia, matándolos a continuación a puñaladas por su propia mano.

En España hubo uno, Gruyo (citado por Balthazard), que mató a seis mujeres en diez años. Jack, *el Destripador*, que tenía su campo de operaciones en el siniestro barrio de Whitechapel, de Londres, había elegido a las prostitutas como víctimas de sus tremendos crímenes, matando a diez en muy poco tiempo. Las atraía con engaños, y cuando se hallaba con ellas en la calle conversando tranquilamente, las abría el vientre de una certera cuchillada.

El francés Vacher, que durante mucho tiempo tuvo aterrorizada a una comarca del mediodía de Francia, violó y asesinó a dieciocho pastores y pastoras. El vampiro de Dusseldorff, el más reciente caso de sadismo que se conoce, cometió numerosos crímenes de la misma naturaleza. En cuanto a Landrú, también se llegó a decir que era un sádico, pero ello no es exacto; el sádico es, por lo general, un gran emotivo, que apenas si tiene tiempo en meditar en lo que va a realizar, y Landrú preparaba sus crímenes con todo cuidado, eligiendo a las mujeres que tenían algún dinero; el motivo de sus crímenes fué siempre el robo, pese al juicio de sus defensores.

Aparte el interés médicolegal que tienen esos casos citados, no

cabe duda que son menos interesantes que los que ofrecen importancia para la psicología, pues su comportamiento antisocial está determinado más por las taras psiquiátricas—impulsividad, algunas veces en forma periódica, amoralidad o insensibilidad moral, perversidad general—que por sus tendencias sexuales.

Los crímenes de estos individuos, desprovistos en absoluto de sentido moral, adoptan muchas veces formas sádicas; pero también es cierto que muchas veces se atribuye al sadismo un impulso que nada tiene que ver con la sexualidad; en el volumen LVIII, titulado *Los crímenes sexuales*, nos referiremos a estos hechos reales y supuestos del gran sadismo. En efecto, el sadismo suele aliarse con toda clase de móviles de acción no sexual; de la crueldad accionada por la perversidad sexual a la crueldad por sí misma y a la raciocinada existe una porción de grados intermedios.

Otra variedad del sadismo criminal, forma bastante atenuada en comparación con los casos referidos, es el de los individuos que, sin llegar a cometer esos hechos verdaderamente horribles, se contentan con matar sin refinamientos, con producir heridas y causar el mal más o menos gravemente. En esta categoría están los que cortan los lóbulos de las orejas, la punta de la nariz, los pezones, los labios genitales, etc., y los que producen mutilaciones, justificando su barbarie por la venganza o el castigo. El tipo de chulo que acostumbra a "cortar la cara" de su amante es muy conocido en los medios sociales más bajos de todo el orbe. Claro es que, en estos casos, por desgracia muy frecuentes, la intención perversa es mucho más cruel que la de causar la muerte, ya que tienden a inferir heridas que producen en un rostro bello deformaciones más horribles. El equivalente de esta crueldad en la mujer es el clásico vitriolo, pero lo mismo uno que otro caso pertenecen más al sadismo perverso que al criminal.

Una variedad, digna de notarse, del sadismo criminal colectivo, es la que se observa en las guerras coloniales, o, por mejor decir, en los actos cometidos por los soldados de las fuerzas indígenas de los países incivilizados o semibárbaros, entre los que se observa un verdadero desprecio por la vida humana.

Durante las luchas de la penetración europea en el Dahomey, al lado de aquellos guerreros combatieron mujeres, que formaban un ejército de amazonas, temibles por su refinada crueldad. Hasta hace poco tiempo, los reyezuelos de la Costa de Marfil disponían de esas fuerzas femeninas, que luchaban contra los enemigos de los

países próximos. En los combates, según refieren los militares europeos, mostraban con los vencidos una crueldad terrible, "que nunca fué igualada por los hombres". Estas verdaderas fieras se complacían en martirizar a los heridos después de cometer con ellos toda clase de obscenidades y hechos repugnantes, y, al final, cuando ya estaban hartas en su bestial sexualidad, les cortaban los genitales y se los introducían en la boca. (Lámina II.)

Pierre Lotti, en *La novela de un spahi*, describe las escenas horripilantes que tenían lugar cuando las mujeres negras cogían a un prisionero o un herido de los dominadores blancos; tanto es así, y ello es cierto, que los oficiales procuraban dejar una cápsula en sus revólveres para matarse antes de caer en manos de aquellas fieras con un átomo de vida. Las más viejas eran las que daban las mayores muestras de ferocidad y las que cometían los actos más obscenos y asquerosos; viendo a aquellas mujeres, se comprende cómo puede preferirse la muerte antes que el más leve contacto repugnante con sus órganos genitales.

Durante la última campaña de Marruecos, también las moras, más que sus hombres, demostraron hasta dónde puede llegar la perversidad sádica impulsada por el odio implacable. Cuando cogían un herido, realizaban con él los actos más crueles que pueden imaginarse; un amigo, que escapó con vida de la espantosa matanza del 21, me decía que nadie puede imaginarse lo que son estas bestias humanas "cuando se emborrachan de sangre". En una ocasión, en que fué imposible rescatar a dos heridos que habían caído en una retirada, como advirtieran que en el grupo de moros que avanzaba hubiera varias mujeres, cuando se perdieron las últimas esperanzas de contenerles, los soldados tiraron sobre sus compañeros caídos con la "caritativa intención de librarles de unos martirios infinitamente más terribles que cien muertes juntas".

El primer movimiento criminal de estos salvajes, después de hacerles víctimas de las acciones más repugnantes, consistía en cortarles los genitales e introducirles en el ano palos, trozos de madera, machetes y cuantos objetos parecidos pudieran encontrarse a mano. No puede decirse que el placer que experimentaban estas mujeres fuese sexual; pero no cabe duda que el objeto de su impulso sádico era principalmente los órganos sexuales de las víctimas.

En casi todos los crímenes de los grandes sádicos se observa la mutilación de los órganos genitales, producida con verdadero ensañamiento. Un individuo, que intentó violar a una niña de seis

años, al no poderlo conseguir, la apuñaló bárbaramente en el sexo hasta el extremo de seccionar el hueso púbico por la sínfisis; a continuación, viva aún la niña, llevó a cabo su propósito, y cuando hubo terminado el acto, remató a la criaturita apuñalándola en el mismo sitio con tanta ferocidad que el paquete intestinal se desbordó por la tremenda herida. Este suceso tuvo una segunda parte, no menos terrible: un pariente de la víctima se apoderó del criminal, lo condujo a un palomar de los alrededores del pueblo y, atándolo y amordazándolo de forma que no pudiera defenderse ni gritar, le cortó los genitales, se los introdujo en la boca, le sacó los ojos y le quemó vivo. El criminal se presentó a las autoridades, refiriendo todo lo que había pasado; aseguró que no tendría inconveniente en hacer lo mismo muchas veces si el violador hubiese recobrado la vida. Este caso sucedió en un pueblecito austríaco hace dos años, y al poco tiempo se registró otro parecido, que fué seguido del linchamiento del violador, cuyo cadáver fué también quemado por la muchedumbre.

El grupo más abundante lo constituyen los actos del sadismo perverso, cuyos afectados no son impulsivos como los descritos ni padecen taras psíquicas graves. Estos individuos conservan el pleno dominio de su voluntad, por lo que puede asegurarse que obran de una manera consciente y premeditada, tendiendo siempre a cultivar su malsana sensualidad cada vez que la ocasión se presenta. Desde el punto de vista de la psicología, son más culpables o, por mejor decir, más merecedores de castigo que el sádico criminal, que obra empujado por un impulso irresistible.

No obstante, la perversión no alcanza en ellos esos extremos de crueldad que inspiran la repulsa unánime, sino que se limitan, como dice Hesnard, a un "juego" más o menos antisocial, buscando en esas prácticas la excitación de su sexualidad. Esta excitación se muestra bajo sus formas ordinarias, dando lugar a las prácticas autoeróticas o al mismo acto sexual, que practican casi siempre con sus víctimas para llegar al colmo de la excitación erótica, derivada de los actos sádicos, que constituyen el fin principal; es decir, que el contacto íntimo, la penetración, representa un medio y no un fin. El mismo autor dice que entre ciertos sadistas de este tipo la excitación genital "no es más que un acompañamiento en sordina de la voluptuosidad puramente cerebral del gesto cruel".

Los objetos preferidos por la lubricidad de estos perversos son siempre las jovencitas y los niños, cuya piel delicada les inspira las

máximas excitaciones. Suelen morder a sus víctimas, clavarlas las uñas o infligirles por sorpresa pequeñas heridas, cuya sangre succionan ávidamente, haciendo como que se comen los pedazos de carne que oprimen sus dientes.

Otra variedad consiste en llenar a la mujer de inmundicias; el marqués de Sade, que perteneció sin duda al grupo de los perversos, orinaba sobre las prostitutas y gozaba con llenarlas el cuerpo de materias fecales. En las casas de prostitución que se anuncian en las "guías de noche", se insinúa la posibilidad que tienen los clientes de encontrar toda clase de satisfacciones a sus caprichos. En París existen muchas; hay una en Madrid que inserta el siguiente anuncio, en tres idiomas: "Si quiere usted encontrar lo que busca..."; pero no es posible asegurar que sea la única.

Estos sádicos, que, como se ve, no son impulsivos, puesto que organizan sus planes por medio de la publicidad, cuando entran en el prostíbulo exponen su deseo con toda claridad y pagan espléndidamente a una o a dos mujeres para que se dejen morder, arañar, martirizar en todos sentidos hasta llegar al dolor brutal e insoportable.

El tipo más corriente dentro del sadismo perverso es el que se contenta con golpear a su víctima con un látigo, lo que tiene en la imaginación del sadista la doble ventaja de ejercer una violencia efectiva y cruel y de causar una impresión moral punitiva y humillante. En los comercios de objetos galantes de París, el látigo, las disciplinas y otros instrumentos parecidos se exhiben en lugar preferente. El sano humorismo de los inspectores de la célebre "Brigade Mondaine" de la Prefectura del Sena ha logrado formar un pequeño museo, que titulan *Salón d'art*, en el que pueden verse numerosos artefactos de esta naturaleza, ocupados a los viciosos, como consecuencia de las batidas de los agentes de la importante brigada, hombres inteligentísimos y especializados en esta clase de *asuntos* mundanos, ya que no son precisamente las gentes más humildes las que ofrecen el mayor contingente de sadomasoquistas perversos.

Entre las mujeres se observan también casos de sadismo perverso, pero nunca alcanza las mismas proporciones que en el hombre. La zona genital del hombre es el punto preferido para sus maniobras sádicas; lo más frecuente es la inclinación a morder, a herir y a oprimir fuertemente los órganos sexuales, lo mismo que el hombre prefiere los senos y zona genital. Por lo general, en estos casos se trata del sadomasoquismo recíproco. En ciertas obras de arte de la Edad Media se representa el castigo de las mujeres que cometieron pecado de lujuria; un ejemplo de esta naturaleza lo encontramos admirablemente representado en un cuadro magnífico del pintor italiano Sebastián del Piombo, existente en la Galería Pitti, de Florencia, y que representa el martirio de Santa Agata, cuya inspiración sadomasoquista no puede ofrecerse más clara. Varios hombres sujetan a la santa, hermosa mujer, que aparece desnuda, a excepción de una tela que la cubre el sexo. Su gesto, si no es de placer, tampoco puede decirse que sea de dolor, a pesar de que mientras uno de sus verdugos la clava no sé qué instrumento en la axila izquierda, otro le arranca el pezón derecho, valiéndose de unas fuertes tenazas de herrero. Aparte de todo, los verdugos no parecen, a juzgar por sus semblantes, dominados por ninguna emoción sexual, mientras que la santa tampoco demuestra gran sufrimiento...

Algunos sádicos perversos, como los criminales, tienen elegido un tipo para la práctica de sus desórdenes. Yo conocí a un oficial de la Marina mercante que visitaba con frecuencia los puertos de Marruecos, especialmente Casablanca. Sus aventuras sexuales tenían lugar en el barrio de las prostitutas indígenas, y su preferencia era por las negras sudanesas, altas, fuertes y casi viriles, que constituyen el "género" menos apreciado por los hombres normales. Este individuo, cuyas costumbres eran de sobra conocidas en todo el barrio, jamás tuvo relaciones con las moras, mujeres a veces de belleza extraordinaria, así como las hebreas, más propicias que las musulmanas a someterse a toda clase de excesos, sean de la naturaleza que fueren. Sus relaciones con las negras eran siempre a base del látigo, cuyos golpes le salían a razón de medio franco cada uno.

Estas mujeres se disputaban las "caricias" del perverso con verdadero interés. Al llegar próximamente a los treinta y cinco latigazos, la negra debía fingir que estaba muerta, en cuyo momento terminaba por practicar el coito. No debía gritar, aunque los latigazos fuesen muy fuertes y el dolor agudo, cosa que no sucedía, porque las víctimas de este caprichoso cuidaban de forrarse materialmente de ropa, ya que en estas comedias habían de estar vestidas y con los órganos genitales bien cubiertos por un fuerte pantalón, que el marino se encargaba de desgarrar, en lo que encontraba verdadero placer.

Otros están "especializados" en los niños, por lo que puede decirse que existe un tinte de homosexualidad, y algunos, los menos seguramente, en las niñas. Son frecuentísimos los casos de perversos sádicos entre los maestros de escuela y religiosos dedicados a la enseñanza. Dice un autor: "La asociación de la emoción sexual con el azotamiento se produce con facilidad entre los maestros, y han ocurrido muchos casos en que, por la fuerza de este impulso, se ha extremado exageradamente el castigo de los niños. Un ejemplo antiguo y notable—añade—nos lo proporciona el célebre humanista inglés Udall, director de un célebre colegio, que era conocido por su costumbre de aplicar frecuentes castigos corporales por pequeños motivos y que se entregó a prácticas sexuales con los niños que le estaban confiados; de este aspecto nos ocuparemos en el siguiente capítulo al hablar de la flagelación.

No obstante, el sádico perverso que elige a los niños como objetos de su anomalía no se conforma sólo con la flagelación, que es la forma más frecuente del pequeño sadismo perverso, sino que a veces somete a las criaturas a toda clase de castigos morales y físicos.

Una curiosa variedad la constituyen los *piqueurs*, es decir, los "pinchadores", que, valiéndose de un alfiler, pinchan en las nalgas y los senos de las mujeres, aprovechándose de las aglomeraciones de público. Un degenerado de esta clase, que fué detenido por la Policía, manifestó que el placer que experimentaba no era producido por el acto del pinchazo en sí, sino por el repentino grito de dolor que profería la mujer, y, sobre todo, "por su confusión al no poder saber quién le había pinchado", puesto que tales actos los realizaba en las aglomeraciones de público. La detención de este sujeto se llevó a cabo en una procesión del Corpus, en el momento en que el público se aglomeraba en la puerta de un templo. Un señor vió cómo pinchaba a una joven de su familia, y lo abofeteó, originándose el escándalo que es de suponer, y que tuvo su epílogo en la comisaría. Declaró que había realizado el acto en distintas ocasiones, "movido por un impulso irresistible", pero que inmediatamente de haber experimentado el orgasmo, lo que solía suceder al tercer pinchazo, experimentaba gran remordimiento de conciencia, sintiendo entonces verdadera repugnancia de sí mismo. Dice que no quiso consultar con un médico por temor a que se descubriera su perversión y le castigasen, pero después de detenido y estar convicto y confeso, suplicaba que se le pusiese en tratamiento para poder curarse de su

manía. También se han conocido casos de individuos que gozaban sexualmente produciendo quemaduras a las mujeres valiéndose de líquidos corrosivos, tales como el ácido sulfúrico.

En una ciudad española fué detenido un individuo cuyo goce mayor estribaba en soltar un ratón en cualquier sitio donde hubiese muchas mujeres. Un día se le ocurrió arrojar dos grandes ratas en un baile de gala, al que asistía la esposa del gobernador de la ciudad, y aquí se acabó su extraña manía; fué condenado al pago de una fuerte multa, que se negó a pagar, y cuando un agente de la autoridad fué a detenerle, le agredió, causándole lesiones de importancia, delito que se tradujo en dos años de prisión, al cabo de cuyo tiempo salió completamente curado..., pero convertido en homosexual pasivo.

Más curiosos son aún los casos de esos sádicos que gozan manchando o rasgando los vestidos nuevos de las jóvenes, hechos que a veces se observan como si fueran verdaderas epidemias. Los cortadores de trenzas dieron bastante que hacer a la Policía, hasta que surgió la moda del cabello corto; esta variedad va siempre asociada con el *fetichismo*, por lo que recibe el nombre de *sadofetichismo*, y de la que trataremos en el volumen XXXVI, titulado *Fetichismo erótico*. Los que se conforman sólo con manchar y cortar los vestidos revelan una perversidad refinada; son muy interesantes casos de psicología, ya que su placer se produce al pensar en el sufrimiento que producirá en la víctima la comprobación del atentado. Recuerdo que, siendo niño, un amigo, cinco o seis años mayor que yo, llevaba un día un perfumador de bolsillo con tinta violeta. Al preguntarle que para qué quería aquello, me dijo que para manchar los vestidos de las muchachas. Como esto ocurría en una pequeña ciudad, todas las muchachas que había en el paseo "una noche de concierto" resultaron víctimas de mi perverso amigo, cuya hazaña nos encargamos de denunciar a un guardia, el cual se lo llevó detenido. Este pobre enfermo, hijo de un alcohólico, creo que continúa en un manicomio, sin esperanzas de curación.

Hasta hace muy poco tiempo, quizá ni un cuarto de siglo, este aspecto de la perversión sexual era desconocido casi en absoluto, atribuyéndose la manía de los cortadores y manchadores de vestidos femeninos a un afán de hacer daño, sin motivo ni razón. Una prueba la tenemos en la siguiente noticia, que publicó un periódico alemán, en 1905, y eso que, en esa fecha, el famoso Kraft-Ebing ya había tratado extensamente de las perversio-

nes sexuales. La noticia, que reproducimos de un libro alemán, decía así: "Un desconocido hace insegura actualmente la parte sudeste de Berlín; ese peligroso individuo la ha emprendido con los vestidos de color claro de las señoras. Anoche estropeó por completo el traje nuevo, de color muy claro, que llevaba una señorita. El autor de la hazaña, que parece divertirse estropeando los vestidos de las señoras, es un hombre de mediana estatura, de unos treinta y cinco años, rubio y lleva un gabán de última moda." (*Gaceta de Voss*, 7 de diciembre de 1905.)

La tercera categoría de esta clasificación clínica la forman los sádicos neurópatas. Estos son verdaderos enfermos, que se diferencian de los anteriores, aparte de que su perversión va acompañada de síntomas neuropáticos—angustia, fobias, obsesiones, etcétera—, porque sus tendencias se manifiestan de una manera simbólica, obedeciendo a la imaginación, que elabora toda clase de fantasmas, sin que por lo general cometan actos perversos materiales. No obstante, en muchas ocasiones realizan hechos peligrosos, pero más bien se trata de prácticas autoeróticas, inofensivas para el sujeto que eligen como objeto de su perversión.

Este sadismo simbólico o imaginativo adopta formas curiosísimas y verdaderamente incomprensibles, ya que el neurópata puede llegar a realizar su deseo por procedimientos tan extraños que jamás podría explicarse otro sádico del mismo tipo.

Los fantasmas sádicos suelen ser siempre de carácter cruel y sanguinario. Estos neurópatas se imaginan crímenes de toda índole, como homicidios, mutilaciones, decapitación, evisceración, canibalismo, etc. Un caso parecido a otro que ya hemos citado en páginas anteriores, era el de un hombre de cierta edad que siempre se satisfacía por el mismo procedimiento: la comedia de la decapitación. Al principio tenía bastante con una sola mujer; pero después necesitó dos. Este caso, que pasamos a referir, y de carácter esencialmente sádico, es semejante a otro, que referiremos también, pero de significación masoquista.

El sujeto en cuestión llegaba a la casa de prostitutas donde había una mujer que se prestaba a su juego, que consistía en lo siguiente: hacía que se desnudase, y fingiendo que era su esposo, empezaba a recriminarla por su infidelidad, de la que tenía pruebas. Ella tenía que replicarle airadamente, diciéndole que, en efecto, le traicionaba con otro hombre, porque sus relaciones con él (con su supuesto esposo), la dejaban insatisfecha. La comedia tenía que seguir en este plan: él recriminándola y ella profiriendo frases de desprecio hacia su marido. La discusión subía de tono, y se llegaba a los insultos más graves:

—Eres una mala mujer, una p... indecente, que ha deshonrado mi nombre.

—Y tú un ser repugnante, que sólo se satisface con sangre, como los vampiros.

—¡No repliques, que te degüello!

—¡Cobarde! ¡Tú quieres ver mi sangre, pero mi sangre es de Fulano, al que quiero más que a ti!

Cuando el fingido cornudo ya no encontraba palabras adecuadas para expresar su indignación, se abalanzaba sobre su supuesta esposa, que estaba tendida en el lecho completamente desnuda, la asestaba en el cuello un tremedo tajo... con una barra de carmín. Ella fingía morir en medio de atroces convulsiones, mientras el parricida repetía la misma frase:

"Por perdida, mala mujer, por perdida... Por perdida", etcétera. Cuando dejaba de pronunciar la frase, la prostituta podía levantarse y vestirse: era la señal de que el sádico había dado satisfacción plena a su sexualidad.

Al cabo de algún tiempo quiso que la escena aparentase mayores visos de realidad, y, al efecto, se sirvió de dos mujeres de la forma siguiente: una debía permanecer oculta en la cama mientras la otra quedaba sobre el lecho completamente desnuda. En el momento de la fingida decapitación, la que había estado oculta sacaba la cabeza fuera del embozo y la otra ocultaba la suya bajo la almohada. El objeto principal del sádico era completar la ilusión de la decapitación, quedando el cuerpo a un lado y la cabeza a otro. Repetía las mismas palabras que hemos citado, y el proceso erótico se verificaba también en la misma forma.

Me han referido un caso de sadismo canibal; se trata de un individuo ya sexagenario, que tuvo relaciones con una mujer, a la que uno de sus amantes mordió en un muslo, con tal violencia que le arrancó un pedazo de carne. Este sujeto estuvo muy enamorado de dicha mujer, haciendo vida marital con ella durante dos meses, hasta que murió a consecuencia de una pulmonía. En sus relaciones se portó con absoluta normalidad, y jamás tuvo el menor deseo perverso, si bien se excitaba mucho cuando imaginaba el acto cometido con ella, por el que la mordió tan brutalmente, de lo que conservaba el recuerdo de

Cuando iba a las casas de prostitución—rara vez lo hacía a la misma dos veces seguidas—llevaba un trozo de carne de cordero como de unos cincuenta gramos de peso, que hacía que la prostituta se colocase en el muslo izquierdo, en el mismo sitio de la cicatriz de su antigua amante.

El mecanismo preliminar de la excitación era el normal: besos, caricias, palabras cariñosas, etc. Empezaba a besarla en todo el cuerpo, y, al llegar al sitio donde estaba el trozo de carne, empezaba a oprimir con los dientes, pero sin apretar demasiado, hasta que la mujer fingía sufrir un gran dolor. El degenerado masticaba aquel trozo, terminando por deglutirlo, acto que era seguido del espasmo sexual.

El sadismo de los simbolistas puede llegar a estos raros extremos: Un individuo gozaba sexualmente imaginándose el sufrimiento que padecían las mujeres, a las que él denunciaba por la comisión de falsos delitos, casi siempre sirviéndose de anónimos. En una ocasión se cometió un robo en un comercio de tejidos. Recordaba que, al pasar por delante del establecimiento en la mañana del día que el robo se llevó a efecto, vió salir del comercio a una joven que acababa de realizar ciertas compras, a la cual conocía. Cuando a la mañana siguiente se enteró del suceso, llamó por teléfono a la Jefatura de Policía, denunciando a la joven como autora del hecho, de paso que advertía que si no llevaban a cabo la detención inmediatamente sería muy difícil hallar en su poder el cuerpo del delito.

El denunciante fué a situarse en las inmediaciones de la casa donde vivía la inculpada, esperando la llegada de los agentes que irían a practicar su detención. En efecto, se la llevaron detenida mientras no cesaba de hacer protestas de inocencia y de llorar desconsoladamente. Cuando creyó que ya habría llegado a la Jefatura, volvió de nuevo al teléfono para decir que, pese a todas las protestas de inculpabilidad que hiciese, ella era la autora del robo en los almacenes. El agente que recibió el recado telefónico consiguió entretener al denunciante, mientras con toda rapidez se hicieron investigaciones para conocer desde qué número hablaba. En efecto, otro agente logró detenerle mientras continuaba repitiendo su denuncia falsa, lo que quedó suficientemente comprobado. Declaró que ya había hecho cosas parecidas en diferentes ocasiones, manía que empezó en su época de colegial, denunciando a los profesores actos que aseguraba habían cometido sus compañeros, tales como insultos

graves a los profesores, maniobras deshonestas y otros de imposible comprobación.

El sadismo de la palabra, variedad simbolista, consiste en proferir las más repugnantes blasfemias y frases humillantes mientras tiene lugar el acto del coito. Un individuo, que estudió la carrera eclesiástica durante diez años y que fué expulsado del seminario por sus inclinaciones eróticas, estuvo yendo cada tercer día a una casa de prostitución durante más de tres meses "a decir misa". Hacía que una prostituta se desnudase, permaneciendo arrodillada en la cama o puesta en pie sobre una mesilla de noche, mientras él fingía celebrar la misa, mezclando en el latín las obscenidades y palabrotas más atroces de la blasfemia en el lenguaje actual. Después se ponía de rodillas ante la prostituta, pidiéndola perdón y dirigiéndose a ella como lo haría ante una imagen sagrada, perdón que ella había de negarle. Entonces se producía el orgasmo y terminaba la comedia. Este caso es típico del sadomasoquismo de palabra, ya que tanto se excitaba blasfemando como ante las palabras de negativa del perdón de la supuesta imagen ofendida, lo que indudablemente tenía que producirle cierto dolor moral.

Esta variedad tuvo, al parecer, su auge en la Edad Media, bajo el nombre de "misas satánicas", en las cuales la misa religiosa "halló una parodia obscena y sacrílega, en la que abundaban las más indecentes facciones sexuales", según afirma Bloch.

Tales son las variedades más comunes de la perversión sexual en la forma sádica o de la algolagnia activa. Los fenómenos son complejísimos, y resultaría punto menos que imposible catalogar todas las modalidades de esta desviación de la sexualidad, que, como decíamos antes, empieza en el aspecto más inofensivo, desde el punto de vista social se entiende, y acaba en las más horribles monstruosidadades, entre las que el caso de Gilles de Rays y los de otros célebres criminales constituyen la prueba más espantosa del límite que puede alcanzar la perversión sexual humana (1).

(1) Véase el volumen XXXVII, titulado *Las grandes aberraciones*, y el LVIII, que lleva por título *Los crímenes sexuales*, en los que se estudia la perversión sadomasoquista en sus formas clínicas más graves. *(N. del E.)*

FORMAS CLINICAS DE LA PERVERSION MASOQUISTA

El equivalente masoquista del sadismo criminal.—Suicidios masoquistas.—Carta de una suicida.—El placer de morir aplastado.—El grafismo de estos perversos.—Los sexos ante la perversión.—En las casas de prostitución.—Imaginativos y efectivos.—La personalidad social de los masoquistas. Prostitución.—La mujer es masoquista.—Casos. El adulterio.—Masoquismo homosexual.—Comedias masoquistas.—El chulo «marchoso».—Flageladores profesionales.

Es bastante difícil, en muchos casos, definir dónde acaba la algolagnia activa (sadismo) y dónde la pasiva (masoquismo) empieza. En la vida del gran sádico marqués de Sade se encuentran rasgos infinitos de masoquismo, y en la de Sacher-Masoch aparecen igualmente numerosos hechos sádicos.

Lo que sí es necesario advertir es que lo mismo al hablar de la perversión sádica hemos de aludir al hombre, al hablar del masoquismo es preciso hablar de la mujer. Esto no quiere decir que no haya hombres masoquistas ni mujeres sádicas, e incluso que en los dos sexos, aunque con más frecuencia en el masculino, no aparezca el sadomasoquismo, esto es, la mezcla equilibrada de las dos perversiones, tan íntimamente ligadas que resulta imposible diferenciarlas en sus diversas expresiones.

No obstante, las formas del masoquismo son también muy complejas, aunque, en síntesis, se limiten simplemente a una actividad erótica puramente interior, generadora de fantasmas. La relación que el masoquismo tiene con el sadismo puede definirse de manera bien simple: muchos masoquistas gozan porque su fantasma erótico estriba en creer que son ellos los que infieren los castigos o humillaciones que realmente están padeciendo; es una curiosa trans-

posición de ideas, acerca de lo cual referiremos más adelante algunos casos.

Huelga decir que no existen masoquistas criminales, cuya es la primera variedad de que hemos hablado en relación con el sadismo, pero su equivalente pudiéramos encontrarlo con toda claridad en una forma que puede denominarse "masoquismo suicida". En el amor normal de dos amantes apasionados, el doble suicidio es una forma bien definida de masoquismo; pero si no queremos llegar tan lejos, basta fijarse en el anhelo que muchas veces experimenta el enamorado de morir a las manos del ser que adora. Claro es que, aparte del doble suicidio, aunque sea sólo el hombre quien produzca las dos muertes (1), la de su amada primero y la suya después; el masoquismo suicida, equivalente al sadismo criminal, es muy raro, o, por mejor decir, imposible, ya que los actos lentos, capaces de producir la muerte como final de los padecimientos físicos' se estrellan casi siempre contra el instinto de conservación, que sólo se pierde en un momento de arrebato, debiendo ser el acto casi simultáneo con el pensamiento: el arma de fuego, los alcaloides y, en fin, todos los procedimientos de autoeliminación rápida, son los métodos usados, no conociéndose hasta ahora que la inclinación masoquista de una enamorada la haya llevado hasta el extremo de querer ser muerta a latigazos, puñaladas, mordiscos, etc., porque el dolor físico por un lado y el temor a la muerte por otro—el cual surge en violenta reacción—, bastan para contener el ímpetu del impulso sexual, que queda replegado a un plano inferior despreciable, en relación con el que ocupa el instinto de la vida.

Claro es que no todos los suicidios de enamorados podemos incluirlos en la forma convencional del masoquismo suicida; nos re-

(1) Hay que comprender que, desde el punto de vista puramente psicológico, es también suicidio la muerte del individuo que es muerto por otro con su pleno consentimiento, no importando en absoluto la forma en que se lleva a cabo el acto material de producir la muerte. Dos enamorados se mataron «por no poder soportar tantísima felicidad», caso extraño determinado, si no por la neurosis, por una extraña locura de amor. Como ocurre siempre en estos casos, los suicidas dejaron escritas sendas cartas explicando los motivos de su fatal resolución, siendo lo más notable lo que decía ella: «Mi amante me matará primero y se suicidará después. Yo no lo hago por mis propias manos, porque «no me atrevo», y, además, porque me cuesta mucho trabajo producir el disparo, por estar muy fuerte el gatillo (se trataba de un viejo revólver Smith). Si mi amante quedase vivo, suplico al juez que no se le castigue por mi muerte *que yo le he exigido a mi novio* y que él se negaba a realizar, porque quería morir él solo». Ella recibió la bala en el corazón, muriendo instantáneamente, y el amante falleció en el hospital a las pocas horas de ingresar.

ferimos sólo a esas exaltaciones pasionales, que determinan—con más frecuencia en el hombre que en la mujer—el deseo vehemente de ser muerto, martirizado e injuriado por el ser a quien se adora.

El doctor Malherman dice que el masoquista, sólo por excepción, puede pensar en la muerte, aunque reconoce que, cuando se trata de dos masoquistas, surge inmediatamente la idea del suicidio. Refiere el caso de una pareja de enamorados: "Berta S. era una obrera joven, que tenía la cara espléndidamente coloreada. A fuerza de leer novelas llegó a tener un carácter novelesco. Se sentía vivamente impresionada por los destinos trágicos de los amantes y quería ser heroína. Leyó cierta novela, en la que los amantes se suicidaban. Desde aquel momento, la felicidad era para ella morir a manos de un amante, con la seguridad de que éste se mataría después. Una mañana apareció desnuda, tendida cerca del lecho, junto al amante muerto. Ella vivía todavía, a pesar de tener dos balas incrustadas en el cuerpo: una en la mandíbula inferior y otra en el torso. Pudo curarse; pero era tal su predisposición trágica, que se suicidó poco tiempo después."

Se refiere el caso de un masoquista suicida, que vivía obsesionado por la necesidad de sentir fuertes pesos sobre su vientre. Colocándose un saco de arena experimentaba emociones sexuales de gran intensidad. Un médico le prescribió un tratamiento adecuado, entre cuyas condiciones le impuso la de marchar al campo. La vista de un objeto pesado le producía satisfacción inmensa, y un día que vió una máquina apisonadora experimentó verdadera alegría. Llegó la época de la recolección del heno, y este enfermo quiso trabajar para distraerse, recibiendo el encargo de hacer gavillas. Le molestaba que los haces no fuesen más pesados, diciendo que quisiera que cada uno pesase una tonelada para ponerse debajo.

Se habló de empaquetar el producto en balas de dos metros de longitud por uno de altura, utilizando unas máquinas compresoras. Los campesinos observaban la regularidad del mecanismo que comprimía el heno. Ante aquello el enfermo se excitaba extraordinariamente, y al día siguiente se escondió entre el heno antes de que funcionara la máquina y dentro de ésta. Quería sentir la delicia de la presión, y cuando los hombres empezaron a ejercerla, el degenerado pareció elevarse al quinto cielo. Los tallos de heno, secos ya, penetraban por los ojos, por los carrillos, por la nariz; la presión iba acentuándose y a la vez se intensificaba el placer. Sin duda, gritó, pero no para pedir socorro, sino como expresando el

placer físico que sentía. Al abrir la caja de la máquina se halló el cuerpo horriblemente mutilado. (Citado por el profesor Malherman.)

Claro es que, en estos casos, no es el suicidio la finalidad que persigue el masoquista; lo que ocurre es que, obsesionado por su idea erótica, pierde en absoluto la conciencia de los hechos reales, y aunque el instinto de conservación se manifieste, puede ser que ocurriera en condiciones tales que fuese imposible oponer la fuerza de la razón a la otra fuerza material, infinitamente superior, de la máquina. No obstante, repetimos, estos casos son poco frecuentes por las razones que hemos apuntado.

Los masoquistas perversos son los que constituyen la primera gran variedad de la algolagnia pasiva, dentro de la cual caben modalidades tan complejas como las que hemos visto en el sadismo. El masoquista de este tipo cultiva el juego erótico haciéndose golpear por diversos procedimientos, o bien procurándose humillaciones de todo género. Por lo general, todo el juego es autoerótico, de imaginación, pero sin poder prescindir de esos mecanismos morales o materiales, o ambos a la vez, de excitación inicial. Muchos de estos tipos se entregan a tales prácticas sin necesidad de segunda persona, la cual existe en su imaginación. Como en el autoerotismo, puesto que en realidad no es más que un fenómeno autoerótico, se complacen en imaginar escenas en las que ellos son actores o simplemente espectadores. Estos fantasmas suelen acompañarse de ilustraciones adecuadas, bien dibujos o fotografías y hasta grupos escultóricos.

En ciertos establecimientos se expenden "fotografías artísticas" especiales para mujeres, ya que, repetimos, el sexo femenino es el que aporta mayor contingente de individuos degenerados de esta especie, habiéndolas para todos los gustos. (Lámina III.)

Una mujer muy aficionada al dibujo, algo neurótica y sádica perversa, componía las escenas más extrañas que pueden imaginarse para satisfacer su erotismo masoquista, sin que en realidad fuese capaz de someterse ni a la más inocente práctica de todas las escenas que concebía su imaginación.

En el dibujo que reproducimos aparece suspendida del techo por medio de dos cadenas; una termina en una argolla, que la sujeta a los tobillos, y la otra el brazo izquierdo, mientras un asiático, sirviéndose de un cuchillo de hoja curva, se dispone a cortarla un pezón. (Lámina IV.)

Un masoquista, que había dado varios escándalos en una casa de prostitución y que pertenecía a cierta organización política, fué detenido por la Policía, la cual encontró en su domicilio un verdadero arsenal de instrumentos de tortura y de fotografías y dibujos de inspiración masoquista. Era muy aficionado a escribir, y en su libro de memorias se reproducían las escenas más monstruosas que pueden concebirse y las más repugnantes también.

En los casos que yo conozco, abunda más entre el hombre el tipo de masoquista imaginativo que en la mujer, la cual, dicho sea en justicia, rara vez se contenta con los hechos irreales.

Las mujeres propenden siempre, como ya hemos dicho en otros volúmenes, a someterse a todas las variaciones de la sensualidad, más por curiosidad que por anhelo específico de goces. La sugestión influye de una manera decisiva en la orientación sexual perversa del sexo femenino con mucha más seguridad que en el masculino. Esto se explica en virtud de la mayor amplitud del área erótica de la mujer, desde el punto de vista psicofisiológico, según ya hemos demostrado, refiriéndonos al impulso sexual femenino.

El masoquismo del hombre es más benigno en sus formas, seguramente porque la excitabilidad es también mucho más fácil en éste que en la mujer, si bien solamente en lo que se refiere a la sexualidad, y, aparte de esto, porque la imaginación masculina posee recursos más decisivos para la producción de figuraciones eróticas que la del otro sexo.

Los casos más vulgares de masoquismo registrados en las casas de prostitución consisten casi siempre en el "juego a los caballos", la flagelación, las ataduras, los golpes con los zapatos—de asociación fetichista—, etc., y en el orden simbólico, la *urolagnia* (beber orines) y la *cuprolagnia* (comer excrementos); otros que se hacen insultar, los que se hacen pasar por esclavos, los que fingen ser aristócratas—o que lo son en realidad—y obligan a las prostitutas a disfrazarse de doncellas o fingirse tales, sometiendo a los fingidos—o auténticos—señores de casa grande a toda clase de humillantes bajezas y vejaciones e insultos de todo género. Algunos hacen que las mujeres viertan en el suelo toda clase de inmundicias para recogerlas después con los dientes o con la lengua, según sean sólidas o líquidas.

Estos individuos pertenecen casi siempre a las clases sociales más elevadas y respetables. Desde el punto de vista psicológico, hay que empezar por decir que la inmensa mayoría de estos seres son neuróticos o degenerados, por lo que es muy difícil establecer una

separación entre el perverso y el neurópata; la diferencia única que es posible hacer consiste en definir a los imaginativos como neurópatas y a los efectivos, es decir, a los que gustan de los sufrimientos materiales y morales, como perversos. O, más simplemente aún, a mi juicio personal, puesto que en este punto no nos hemos puesto de acuerdo, se dice que es neurópata el que no necesita el concurso efectivo de otra persona y perversos todos los demás, pero sin olvidar que la neurosis acompaña siempre a la perversión.

Dice Bloch—y no estamos de acuerdo—que la causa de la algolagnia pasiva o masoquismo "radica en los convencionalismos de la época", o sea que la represión impuesta por la cultura es lo que determina estos fenómenos de la sexualidad morbosa. Hasta cierto punto puede dársele la razón, pero sólo cuando vemos que parece difícil encontrar referencias de tiempos más remotos que hagan alusión al masoquismo. El inquisidor Torquemada era un gran masoquista, y Sacher-Masoch habla en sus libros de idénticos hechos perversos. Pero si, por otra parte, advertimos que el masoquismo no ha desaparecido, sino que más bien tiende a acentuarse en los tiempos presentes de libertad sexual, se nos ocurre pensar que la hipótesis de Bloch es puramente utópica y que las razones hay que buscarlas en otros puntos.

En cambio, admitimos la explicación que da acerca de la personalidad social de los masoquistas, cuando dice que precisamente elevados funcionarios del Estado, jurisconsultos y jueces, dan un nutrido contingente a la clientela masoquista, "gentes a las cuales su posición social les presta cierta autoridad para ejercer el poder, y a las cuales su profesión les obliga a mostrarse severos, y ellos son los que quizá consideren el entregarse a sus inclinaciones masoquistas como una especie de liberación de la presión de los convencionalismos y de la máscara que les impone su profesión".

Esta explicación, bastante satisfactoria, es la misma que puede darse del masoquismo de las mujeres. Generalmente, aquellas que más han dominado a los hombres son las que con más devoción se someten a sus caprichos y tiranías, lo que puede observarse en el amor normal. Una mujer se resiste cuanto puede durante las fases del cortejo o de la conquista, pero en el momento en que cae bajo el dominio del conquistador pasa por toda clase de sacrificios y humillaciones antes que resignarse a perderle. Esos aristócratas y personalidades, hartos de avasallar y dominar en virtud de su poder legítimo o del que justamente les concede la ley, parece que

terminan por intoxicarse por saturación, valga la imagen, de su fuerza indiscutible; es como si una enérgica reacción de la conciencia obligase al instinto, convencionalmente oprimido, a manifestarse en un desacuerdo diametralmente opuesto a los hechos artificiales que se ven obligados a realizar en la parte pública de su actividad, que tienden a contradecirse en los aspectos de la existencia íntima. El célebre Bismarck, el Canciller de Hierro, uno de los hombres más graves que ha conocido la Humanidad, gustaba de hacer el caballo con sus nietos, los cuales se subían a sus espaldas, recorriendo así las habitaciones íntimas del palacio del canciller. No queremos decir que este sea un ejemplo típico de masoquismo, pero nos sirve de ejemplo para exponer el reverso de la medalla de la severidad de los hombres públicos.

En Londres, sobre todo; en París, Berlín, Viena y otras grandes ciudades, existe una especie de "prostitución masoquista", formada por mujeres especializadas en esta clase de comedias, que, para la satisfacción de su sexualidad, necesitan muchos hombres y no pocas mujeres. El procurador fiscal de Hamburgo, doctor Ertel, que estudió con gran detenimiento los casos de masoquismo en que hubo de intervenir en virtud de su profesión, describe así una casa de prostitución de esta naturaleza: "Una puerta, que hay detrás del cuarto de baño, conduce al llamado gabinete negro. Todas las paredes de esta habitación, de una sola ventana, estaban cubiertas de una tela negra, especie de indiana, y lo mismo el techo, de cuyo centro pendía de un rosetón negro una garrucha por la que pasaba una cuerda muy sólida.

"En el oscuro ángulo entre la ventana y la pared se veía un armatoste formado con tablones toscamente cepillados y constituído por dos partes enteramente iguales, muy juntas; la puerta de atrás de ese armatoste se apoyaba en la pared inmediata a la ventana,

"El objeto de aquel armazón no era fácil de adivinarse a primera vista. Mirando desde un lado se parecían aquellas maderas al armazón de un sillón-poltrona toscamente trabajado. La parte más elevada del respaldo llegaba a la altura de los hombros, y en ella había cinco fuertes argollas de hierro. El armatoste tiene ruedas en las patas, que permiten empujarle. De un clavo, en la pared, colgaba un cinturón de cuero con varias hebillas, en el que se veía una porra; además, una cuerda del grosor de un dedo, la que terminaba en un nudo corredizo; dos collares de perro, parte de un bastón de estoque, el puño con una hoja muy puntiaguada, al pare-

cer, hecho de una varilla de una sombrilla de señora o de un bastón, a juzgar por el puño; una varita de bambú, muy flexible; dos correas de cuero, varios cordones y cuerdas, un par de pesadas esposas de hierro, con tornillos y candados, y una linterna mágica.

"La ventana, con cristal esmerilado, que había en la pared del cuarto de baño, estaba cubierta por tupidas cortinas, y hasta la puerta del cuarto negro tapizada con tela del mismo color.

"La dueña de la habitación declaró: "Que un señor Z solicitó de ella que se tapizara de negro un cuarto para que fuera la "sala del juicio". Me mandó desde Colonia aquella polea, que quería sirviera para subirle muy alto y *colgarle*, porque eso le excitaba mucho, se ponía morado y entonces era cuando sentía *aquello*. Me asusté mucho, creyendo que se iba a morir, y no consentí que se le volviera a colgar.

"En el armatoste de madera se hacía atar y poner el collar, lo que le hacía la ilusión de que iba a ser ejecutado y estaba en el patíbulo."

El deseo de ser estrangulado o ahorcado aparece con mucha frecuencia en el masoquismo femenino. Se ha tratado de explicar este fenómeno, relacionándolo con la emisión que experimentan los ajusticiados, ya sea por ahorcamiento o por fractura de la columna cervical. El doctor Robin dice que la eyaculación que se verifica en el momento en que la circulación, matenida artificialmente, se suspende, es un hecho importante. "Demuestra que las condiciones congestivas—inversamente de las condiciones anémicas—constituyen estados orgánicos suficientes para poner en movimiento la actividad de los centros nerviosos, como ocurre con la contracción muscular. Todo nos obliga a creer que en el momento en que la acción nerviosa motriz tiene lugar se ponen también en juego los correspondientes centros sensitivos."

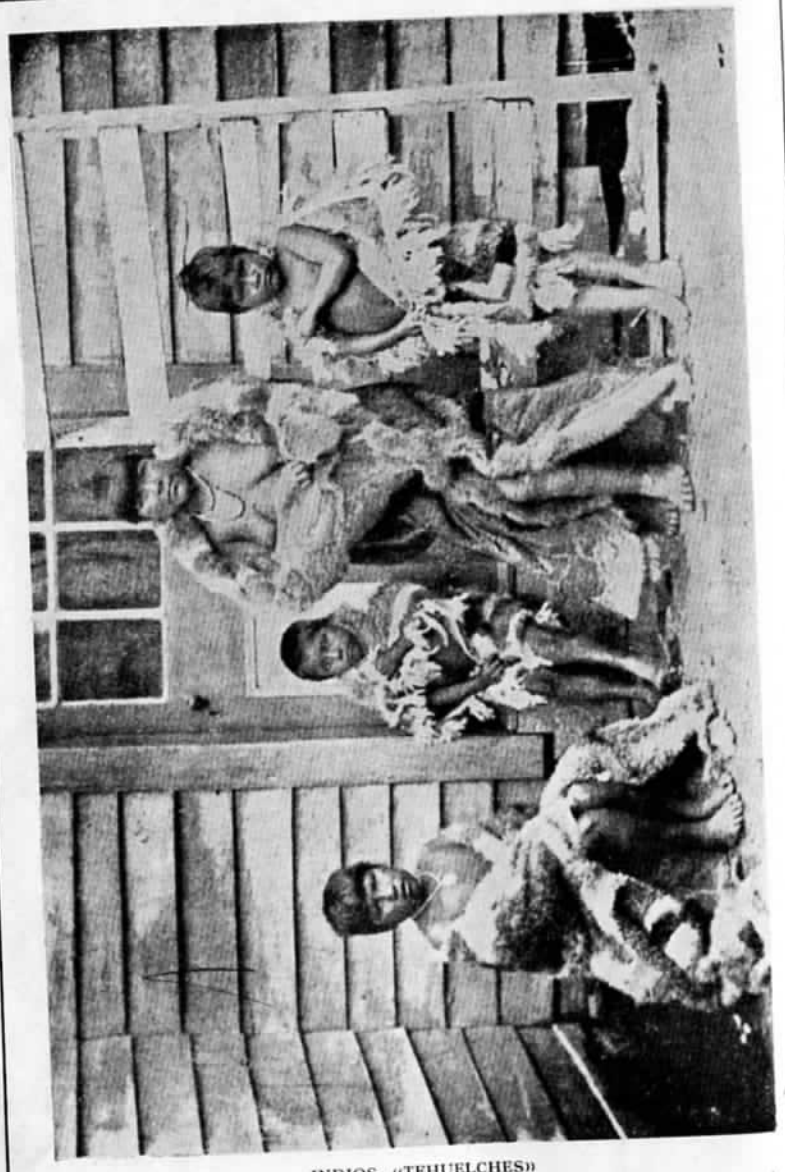
Las mujeres, sobre todo, muestran una preferencia particular por estas caricias brutales—placenteras para ellas— de sus amantes, que simulan la estrangulación. Una joven, de diecinueve años, que mantiene relaciones sexuales con un hombre casado, dice que su mayor placer estriba en negarle ciertas caricias, porque ello le exaspera hasta el punto de golpearla, y, sobre todo, de oprimirla fuertemente la garganta, en lo que encuentra un goce exquisito y completo. Por otra parte, el impulso de estrangular es muy frecuente en el amor normal, resultando considerablemente agravado en los casos de sa-



MASOQUISMO RELIGIOSO

Este hombre, que aparece con el rostro ensangrentado, es un musulmán marroquí perteneciente a la cofradía de los «aisawas». Esta variedad masoquista no es esencialmente sexual.

LAMINA V



INDIOS «TEHUELCHES»

Las pieles de ciertos animales constituyen un símbolo erótico para algunos pervertidos, como le sucedía a Sacher-Masoch. Entre estos indios suramericanos no se advierte ningún elemento sexual en su preferencia por las pieles.

LAMINA VI

dismo, ya que se han registrado algunos en los que el amante produjo la muerte a la masoquista.

A veces se observan en un individuo varias modalidades masoquistas que necesariamente tiene que experimentar para conseguir su finalidad erótica. Un militar de alta graduación, hombre correcto, educadísimo y de gran prestigio, tenía una mujer en una casa de prostitución exclusivamente dedicada a satisfacer sus caprichos. En el centro de la habitación, que era una pieza bastante amplia, había hecho colocar una tienda de campaña con distintivos de la Cruz Roja para evitar las agresiones aéreas.

Sus relaciones con la mujer no eran más que una comedia, sin que tuviera lugar el menor roce sexual; ella había de colocarse una toca de enfermera, hacer como que le curaba violentamente una pierna, vendársela muy apretada, orinarse sobre él y salir de la tienda de campaña pronunciando las siguientes frases: "Qué guerra más horrible; siempre las mismas calamidades. ¡Dios perdone a los hombres!" Inmediatamente la prostituta ponía en marcha un pequeño ventilador, colocando un papel entre las aspas de forma que el aparato producía un ruido parecido al del motor de un avión. El militar no necesitaba más para experimentar el orgasmo sexual, aparte de que la fingida enfermera tenía que haber salido de la tienda de campaña.

Este caso curiosísimo se presta a un interesante análisis psicológico, ya que cada una de las variedades masoquistas estaba inspirada en otros tantos hechos reales, algunos ligeramente deformados o, por mejor decir, adaptados a su deseo por el neurópata en cuestión.

El hecho me lo refirió una prostituta compañera de la original amante del militar, el cual permaneció los cuatro años de la gran guerra en el frente de la lucha. Este hombre, que era plenamente consciente de su aberración, había vivido los hechos que constituían sus fantasmas sádicos. En una ocasión fué herido de un balazo en la pierna izquierda, cuando acababa de ser ascendido a oficial por méritos de guerra. Se le retiró a las ambulancias de heridos menos graves de la retaguardia, constituídas por tiendas individuales para la oficialidad. Después de la primera cura, se encargó de atenderle una joven enfermera, de la que se enamoró profundamente, pero sin llegar a declararle su pasión por ser bastante tímido con las mujeres, a pesar de todo su heroísmo militar. Como eran varios los heridos a que tenía que atender, aun sin dejar de ser cariñosa, acos-

tumbraba a hacer las curas de una manera rápida y casi violenta, cosa que desagradaba bastante al herido, ya que hubiese deseado que permaneciese más tiempo junto a él. Un día que entró a curarle se fingió dormido, con tal de poderla observar durante más tiempo. Creyendo la enfermera que en realidad dormía, como ella tuviese deseos de orinar, tomó el vaso de noche y satisfizo su necesidad, de forma que el militar pudo verla los muslos, ya que usaba unas faldas muy cortas.

Cuando le despertó para hacerle la cura, el herido fingió haber dormino mucho, pidiéndola perdón por haberla hecho esperar. Luego que hubo salido de la tienda diciendo: "Qué guerra más horrible; siempre las mismas calamidades. ¡Dios perdone a los hombres!", el campamento de heridos se vió desagradablemente sorprendido por el vuelo de un avión enemigo, cuyo motor se oía zumbar casi a ras del suelo, sin duda porque los pilotos querían convencerse de que en realidad se trataba de un hospital móvil. Hubo un momento de terror en los oficiales, pensando que la imprudencia de cualquier fusilero que disparase sin acierto sobre el avión hubiera podido dar lugar a la destrucción total de la ambulancia; por fortuna, no ocurrió nada, y el avión prosiguió su vuelo de observación.

El herido de nuestro caso confiesa que experimentó verdadero miedo; pero, más que por su suerte, por la de la enfermera, de quien estaba muy enamorado. Cuando hubo pasado el peligro, se excitó sexualmente pensando en el acto de orinar de la enfermera, hasta el punto de experimentar el orgasmo genésico. Sin poderse contener alcanzó el orinal, poniéndose a oler su contenido con verdadera fruición. Al cabo de algunos días fué dado de alta y destinado de nuevo al frente; un mes más tarde se encontraba en las mejores relaciones amorosas con la enfermera, con la que había pensado casarse si terminaban la guerra con vida.

Para el militar, el solo recuerdo de las escenas de aquel día memorable para toda su vida era más que suficiente para producirle un grado de excitación sexual, que a veces terminaba en el orgasmo. Unas semanas después de haberse incorporado a otro nuevo destino terminó de recibir correspondencia de la enfermera, hecho que no le disgustó, porque comprendía que no estaba tan enamorado como pensó en un principio. No obstante, el recuerdo puramente erótico persistía en su imaginación, comprobando que sólo mediante aquellas evocaciones le era posible lograr una compensación de la falta absoluta de mujeres que había en aquella parte del

frente. Ya hecha la paz siguió la carrera de las armas de Marte, aunque comprobó que las de Venus se le habían enmohecido, pues era incapaz de realizar sus deseos sexuales como no fuera pensando en las escenas referidas, por cuya razón se puso de acuerdo con la dueña de una casa de prostitución, a fin de completar sus recuerdos con los mayores recursos efectivos posibles, por lo cual instaló una habitación especial para él, en la que, una vez por semana, se repetía la evocación de aquel hecho, que tan fuertemente se quedó grabado en su psicosexualidad morbosa.

El masoquismo que consiste en comer y beber excrementos está asociado casi siempre con el fetichismo. Es más frecuente entre los hombres, aunque también se observa en las mujeres, especialmente en las neuróticas.

No obstante, cuando esta manía se registra en un hombre normal no es posible decir que en todas las ocasiones practique la escatofagia; las prostitutas refieren muchos casos de esta naturaleza, con relación a individuos que, en otras circunstancias, se comportaron sin dar pruebas de la menor anomalía, pero que, fuertemente excitados por cualquier motivo—por una larga abstinenecia, por un estado de semiembriaguez o embriaguez completa, etc.—, piden a las mujeres que evacuen sus necesidades fisiológicas sobre ellos. Estos casos representan verdaderos accidentes, a no ser que el sujeto haya dado pruebas de masoquismo, aun en otros aspectos distintos. El masoquista escatófago se diferencia con toda precisión del fetichista; el primero lo hace por su deseo de ser humillado y el segundo porque los excrementos tienen para él una parte del cuerpo amado o momentáneamente deseado, al que un remoto instinto le impele a devorar, por lo que puede decirse que, hasta cierto punto, se asemeja más al sadismo que al masoquismo verdadero.

El caso siguiente se refiere a un masoquista auténtico; es una carta que transcribe Iwan Bloch, dirigida por un hombre a una mujer: "Berlín, 7 de junio de 19...: Distinguida señora: ante todo le pido humildemente perdón por atreverme, señora mía y muy venerada, a escribirle. Recientemente vi entrar en su casa a una dama de arrogante porte y amplias caderas, y supuse que esa señora era usted. Si usted, señora, quiere tener un servidor y un esclavo que obedezca ciegamente todos sus mandatos y a una sola palabra de usted, semejante a un esclavo sin voluntad, le preste los más bajos y sucios servicios, me sentiría muy feliz si fuera yo el elegido para ese puesto, por dignarse usted atender a mi ruego, me permitiera

visitarla de cuando en cuando y servir a mi severa señora y dueña, y si alguna vez, lo que no sucederá, rehusara obedecerla, podría usted castigarme y maltratarme cruelmente.

"Si accede usted, distinguida señora mía, a contestar al más humilde de sus servidores, envíeme su respuesta bajo el adjunto sobre, diciéndome si sale a paseo por las tardes y a dónde va o en qué café la podré ver y si puedo aspirar a que sea usted mi soberana y yo su mísero esclavo. Quizá pudiera usted pasar, venerada señora, el próximo viernes, a las ocho de la noche, por la Puerta de Orange, llevando una rosa en la mano. Esperando sumisamente sus más severas órdenes y besando como un siervo sus pies y sus manos, soy su más obediente y humilde esclavo, sin más voluntad que la de usted.—X."

No conozco ningún caso que me merezca crédito de masoquismo escatológico en la mujer, aunque, con respecto al fetichismo, no pueda decir lo mismo. La esclavitud de las mujeres no adopta estas formas sino muy rara vez con relación al hombre, si bien son frecuentes tales observaciones entre las homosexuales y las pervertidas o viciosas.

Un masoquista, casado con una mujer muy viciosa, era, como casi todos ellos, impotente para realizar el acto normal. Confiesa que lo que más le atrajo a su esposa durante el noviazgo fué su carácter violento y dominador y su fuerte voluntad. Ella era pobre, pero él tenía una respetable fortuna. Un día, pocas semanas antes de celebrarse la boda, riñeron los novios, diciéndole ella que renunciaba al matrimonio porque ni le amaba ni podría amarle, y que si alguna vez pensó en casarse lo hizo por su fortuna más que por su persona.

Esta confesión, que en otro hombre enamorado hubiese producido una reacción violenta, causaba al degenerado un extraño placer, por lo que gustaba de oírla expresarse en tales términos. Por fin, se casaron. Al principio practicó varias veces el acto sexual normalmente; pero, al cabo de unos meses, le era imposible la erección, a no ser que su esposa le hiciese víctima de insultos y vejaciones de toda índole, llegando a golpearle en diferentes ocasiones. Entonces se excitaba, y, poniéndose de rodillas ante ella, la suplicaba que la dejase poseerla, a lo que ella accedía en virtud de su ardiente temperamento.

Un día apareció en escena un tercer personaje: un muchacho joven, ingeniero de profesión y antiguo conocido de las familias de ambos cónyuges y por el que la mujer manifestaba cierta simpatía, no exenta de sensualidad, aunque el joven tenía diez o doce años menos que ella.

Una noche fueron los tres al teatro, viendo representar una obra en la que el adulterio de la esposa de un enfermo con un joven era el argumento alrededor del cual el autor planteaba un interesante problema psicológico. Terminada la representación, el ingeniero se despidió del matrimonio, y no bien se hubieron separado, ella empezó a comentar la comedia ridiculizando al marido burlado, que vivía muy tranquilo viendo feliz a su esposa, a pesar de que él no podía satisfacerla; era, en resumen, un trasunto fiel del caso en que ellos se encontraban.

El marido no tuvo otra ocurrencia que decir que comprendía perfectamente las razones que tenían las mujeres para el adulterio en estos casos, y que él, por su parte, "estaba dispuesto a demostrar su comprensión si fuese preciso".

Lo que ocurrió después, huelga referirlo. Ahora bien. a cambio de su consentimiento, el marido exigía su parte, bien inocente, por cierto: que se arreglasen las cosas de forma que él pudiese permanecer oculto bajo el lecho durante las entrevistas amorosas de su esposa y el amante, pero sin que él lo supiese. Efectivamente, la mujer accedió, y a apartir de entonces se acabaron las disputas entre los cónyuges. Como este caso de masoquismo moral pudieran citarse infinitos.

Otro individuo buscaba los amantes a su esposa, que también era una degenerada, puesto que se prestaba a toda clase de licencias. El marido presenciaba estas escenas oculto tras un mueble, y algunas veces se hacía atar fuertemente, lo que aumentaba sus emociones eróticas.

Algunos pervertidos de esta naturaleza gustan de presenciar escenas de flagelación, en las que su esposa debe ser la parte pasiva. Se refiere el caso de un alemán, de cincuenta años, que tenía una hija, de catorce, huérfana de madre. Un día vió a la institutriz de la joven en el momento en que la castigaba con unos azotes, y desde entonces procuró que la profesora la azotase por el menor motivo. Ambos llegaron a ponerse de acuerdo para que la muchacha incurriese en faltas, con el fin de que la institutriz la castigara delante del degenerado padre, el cual recurría a los manejos autoeróticos para completar su excitación.

Los masoquistas imaginativos basan sus fantasmas eróticos en

episodios novelescos y en fantasías que ellos mismos imaginan; es un fenómeno exactamente igual al que hemos estudiado hablando del autoerotismo, en el que el masoquista se figura ser el personaje que en las novelas sufre terribles castigos de prisión, el prisionero de una tribu salvaje sometido a toda clase de tormentos; la víctima de un accidente sangriento que espera en vano ser socorrida; el herido de guerra que sufre dolores que nadie mitiga; el malhechor que, acosado por la Policía, encuentra cerradas todas las salidas de su situación, etc. Todos estos estados de verdadera angustia los experimenta el masoquista imaginativo en sus soliloquios alucinantes.

Por lo general, estos actos, que en nada se relacionan con la sexualidad, no bastan por sí solos para producir espontáneamente el orgasmo venéreo, sino que a la vez es preciso completar la excitación, generalmente por medio de maniobras masturbadoras. La imaginación de todos estos desastres produce sólo el estado de erotismo adecuado, lo mismo para completar el fenómeno con los manejos autoeróticos que para realizar el acto normal en los casos en que el individuo no es un impotente completo, sino que solamente encuentra dificultades de orden psíquico para lograr la erección.

En los masoquistas de carácter homosexual, los fantasmas eróticos están formados por visiones de mujeres en trances dolorosos. Uno de estos tipos gozaba sexualmente imaginándose que era una mujer dando a luz, a la que el tocólogo hacía sufrir introduciéndola en el cuerpo unos aparatos de hierro de gran tamaño. Otros se imaginan que son jovencitas de pocos años, a las que sorprenden solas en el campo o en un sitio donde no puedan recibir auxilio unos hombres de aspecto feroz y ademanes brutales, que las violan sin compasión, o bien imaginándose que son poseídas por individuos de miembro viril muy grueso e incluso por caballos y toros. Un masoquista de veintiún años, neurótico, vió, siendo niño, cómo su padre practicaba el acto carnal con una criada, la cual opuso al principio mucha resistencia. Durante toda su juventud, este suceso permaneció presente en su imaginación, y cuando, por primera vez, quiso practicar el acto sexual, comprobó que era impotente. Esto no le contrarió demasiado, puesto que las mujeres no le atraían; pero un día conoció a un homosexual, del que se hizo muy amigo, hasta el punto de practicar algunos actos de masturbación recíproca que le dejaron insatisfecho, aunque bastante excitado.

Estando un día con su amigo, recordó la escena que, siendo

niño, presenciara entre su padre y la criada, y entonces fué él quien inició los actos homosexuales que realizaban. Desde entonces se prestaba a todos los caprichos de su amigo, que en su imaginación se convertía en el fantasma de su propio padre, a la vez que él creía ser la criada, defendiéndose y negándose a acceder a las pretensiones del compañero.

En la homosexualidad aparece el masoquismo de la mujer seguramente más destacado que en el hombre, sobre todo en lo que se refiere a la algolagnia física. Las sociedades secretas de mujeres flagelantes de Londres y Berlín se encubren bajo la apariencia de honestos clubs benéficos y científicos. Se refiere el caso de una señora de la mejor sociedad berlinesa, la cual se hacía pasar por una niña díscola, que iba a dar lección a casa de una masajista, la cual tenía que fingir que era su profesora. La comedia empezaba vistiéndose la masoquista de colegiala. La profesora tenía que hacerla preguntas sobre asuntos obscenos, contestando la supuesta colegiala con frases pudorosas. Esto exasperaba a la profesora, la cual, sirviéndose de unas disciplinas, tenía que azotarla fuertemente.

La castigada suplicaba que cesase de golpearla, lo que en realidad traducía la masajista por un deseo de recrudecer más los golpes. La joven terminaba por desnudarse, y cuando su cuerpo sangraba, la profesora tenía que practicar con ella las caricias sáficas.

Una prostituta, que llegó a reunir un capital y que vivía con mucho lujo, también gustaba de ser la parte pasiva en el safismo, pero a condición de que su amante la llenase el cuerpo de un líquido rojo que parecía sangre. La excitación preliminar la obtenía con el fantasma de que la habían causado muchas heridas unas mujeres que quisieron gozarla, pero que no eran de su agrado. En esto llegaba la que tenía que safizarla, fingiendo que salvaba a la masoquista de las tentativas de sus violadoras, y después de varias caricias recíprocas terminaba experimentando el orgasmo por el método citado.

Estos casos son los típicos de la perversión y la neurosis en asociación íntima; en la mujer se registra pocas veces el masoquismo exclusivamente imaginativo; pero, en cambio, también parece raro el exclusivamente físico, tan común entre las prostitutas con relación a sus amantes, e incluso en mujeres honestas muy enamoradas de sus maridos. Entre las homosexuales, que es el aspecto a que nos referimos, tratándose de pervertidas—no de invertidas, pues el caso es distinto—, la neurosis y la perversión existen en pro-

porciones iguales. Cuando son invertidas auténticas, como hemos dicho al hablar del homosexualismo, los hechos se desarrollan lo mismo que en el amor heterosexual, exceptuando los extremos repugnantes de la escatofagia; no conozco ningún caso de mujeres que hayan llegado a estos límites, si bien tampoco me atrevo a creer que no puedan observarse en homosexuales de temperamento muy diferenciado. Resumiendo, puede decirse que la invertida o pervertida pasiva no practica nunca la escatofagia, exactamente lo mismo que la heterosexual normal; esta tendencia es esencialmente masculina o de la inversión activa. Al mismo tiempo, tampoco se observa en los hombres invertidos pasivos y raramente en los activos, aunque el *annilingus* suele ser uno de los métodos de satisfacción sexual más practicado por los invertidos activos con sus amantes.

Pueden resumirse los actos del masoquista según su expresión con relación a las demás perversiones sexuales. En toda perversión, como en el amor normal, siempre es fácil advertir tendencias sádicas y masoquistas más o menos pronunciadas, desde el simple pellizco, que produce cierta voluptuosidad en quien lo da y lo recibe, hasta las formas más graves, que se aproximan al homicidio y el suicidio.

El masoquismo de la prostituta corresponde casi siempre al sadismo de su chulo, lo que en el argot de esos medios recibe el nombre de *marcha*. Ser "marchoso" equivale a mezclar los sufrimientos físicos en las relaciones sexuales, si bien muchas veces son las relaciones sexuales lo que se mezcla con la "marchosería"; una gran parte de los chulos que viven de esas mujeres son solicitados por ellas no por sus habilidades eróticas, sino por su prestigio de "marchosos", el cual se divulga rápidamente entre las prostitutas de una misma clase, aunque sea en las grandes ciudades, aparte de que esta rara habilidad parecen llevarla escrita en el rostro o expresada en los ademanes. El chulo marchoso—sádico por temperamento o por conveniencia—conoce en seguida a la mujer masoquista, sea honorable o prostituta, lo mismo que él es reconocido por éstas. Uno de estos individuos se jactaba en una ocasión de haber dado la vuelta al mundo viviendo a lo grande, a costa de varias amantes de diversas nacionalidades. Todas ellas eran masoquistas. Su *modus operandi* en las primeras fases de la conquista, después de descubrir a una supuesta "marchosa", consistía, según sus propias palabras, "en mirarlas con expresión dura, morderse el labio inferior y golpearse las piernas con una pequeña fusta, que nunca abandonaba". La fusta es un distintivo de esta "especialidad" empleado por los sádicos de los dos sexos en sus excursiones de busca y captura de pervertidos; por los bulevares parisinos pasea todas las tardes un profesional de la marcha, que tiene su principal centro de operaciones en el Café de Madrid. Se dice que está relacionado con muchas damas de la mejor sociedad, a las cuales ha prestado muy importantes servicios sin más elementos que la fusta de "jockey", que jamás se desprende de sus hábiles manos.

El sadismo y el masoquismo se han industrializado hasta el punto de anunciarse en las últimas planas de algunos periódicos. Una prueba—de las infinitas que pueden aportarse todos los días—son las "señoritas masajistas", especializadas en el "masaje americano para caballeros", las "especialistas de masaje inglés para señoras", los "gabinetes de masaje con personal especializado de ambos sexos", etc., y otras indecencias semejantes, que revelan bien a las claras la más cruda y libérrima inmoralidad sexual.

LAS CAUSAS DEL SADOMASOQUISMO Y LA FLAGELACION

Las terribles consecuencias de los castigos corporales a los niños.—La pena de los azotes.—El deseo de ser azotado, como hecho instintivo.—La influencia de estas escenas en la imaginación infantil.—Explicación psicológica.—Causas físicas del placer de la flagelación.—Casos.—En Inglaterra.—En las religiones.—En España.—Las solemnidades de Semana Santa.—El verdadero masoquismo religioso.—La vida en los conventos.

Los padres, los maestros, los criados y cuantas personas mayores tienen necesidad de ejercer autoridad sobre los niños, no saben a qué terribles perversiones exponen a una criatura por el sólo hecho de administrarla unos azotes como castigo de cualquier diablura.

No ocurre esto solamente con los niños, sino que también las personas mayores pueden experimentar al ser castigadas por medio de azotes o vergajazos emociones muy distintas de aquellas dolorosas que se tratan de producir. En Inglaterra, que es el pueblo flagelante por excelencia, existe aún la pena de los vergajazos, lo cual ha inducido a un escritor inglés a decir que en todos los británicos existe un fondo sadomasoquista más real que tradicional.

En Marruecos es muy común la pena de los azotes o de los palos, y los mismos castigos corporales se imponen por los civilizados a los indígenas de aquellos países que están bajo su tutela o dominio. En los presidios de ciertos pueblos ocurre otro tanto; pero en todos aquellos sitios donde estas penas subsisten, se trate de salvajes o civilizados, la flagelación no siempre sirve para corregir las tendencias de los delincuentes, sino que, por el contrario, sirven para fomentarlas, si es que para iguales faltas se aplican idénticos castigos.

Al tratar del sadomasoquismo es necesario estudiar los orígenes de estas formas algolágnicas de la sexualidad, que casi siempre surgen de una manera espontánea, lo que no ocurre con otras perversiones del impulso sexual. La idea de ser azotado tiene su origen, indudablemente, en las profundas raíces biológicas de ese hecho instintivo de la asociación del dolor con el placer.

Ahora bien, con esto no queremos decir que el deseo de ser azotado sea instintivo, como sostienen muchos autores, tal vez porque en su criterio la palabra «instinto» adquiere un valor inadecuado. Para sostener la teoría de que el deseo de ser azotado es instintivo, es decir, común a todos los seres humanos, sería preciso que el azotamiento produjese también resultados idénticos en todos los individuos, lo que en realidad no ocurre más que en casos excepcionales, especialmente cuando se trata de sujetos de temperamento muy sensible y emotivo. La asociación del dolor con el placer, si es que es instintiva en mayor o menor grado, en las personas de ambos sexos; pero que los azotes producen en la inmensa mayoría de los casos dolor y no placer es un hecho que no necesita demostración.

Krafft-Ebing dice que muchos niños que jamás han sido azotados y que no tienen idea de lo que puede ser el azotamiento sienten la necesidad, a veces imperiosa, de ese castigo. En este punto, considero absolutamente inverosímil que a los seis u ocho años, a cuya edad alude, haya una criatura que no sepa, al menos en teoría, cómo se administran los azotes y qué finalidad moral se persigue con dicho castigo, incluso admitiendo, lo que es muy posible, que nunca haya presenciado una escena de azotamiento. Esa afirmación que hace Ebing revela un desconocimiento absoluto de la psicología infantil, ya que no habrá un solo niño en el mundo a quien sus padres o familiares no hayan amenazado con darle un azote como castigo a cualquier travesura. Y si el niño no sabe lo que es eso, jamás habrá dejado de inquirir. «¿Qué es un azote?». Así, pues, hay que establecer el principio de que no hay un solo niño que no sepa, por lo menos, cuál es el significado de la palabra «azote».

«La flagelación—dice Ellis—, aplicada o sufrida, tiende a suscitar vaga, pero fuertemente, las emociones fundamentales y primitivas del temor y de la cólera en una edad en que aún no están claramente definidas las emociones sexuales y en circunstancias a propósito para producir emociones sexuales.» En esta afirmación se contiene la base fundamental de la perversión sadomasoquista, si tenemos en cuenta que esas emociones que cita forman parte muy esencial de las fases del galanteo.

No sólo el hecho de ser azotado, sino también el de presenciar estas escenas, producen en el niño indignación, cólera y temor. El dolor ya es sabido que es el estímulo más poderoso que existe para suscitar la emoción, y las emociones obran, a su vez, a modo de incentivos sexuales, siguiéndole después la cólera y el miedo.

La explicación de todo el proceso psicológico de estas emociones sensuales producidas por el azotamiento puede sintetizarse en la anterior definición. Por otra parte, es necesario atenerse a múltiples razones más plenamente justificadas en la imaginación infantil, aunque al llegar a la pubertad parezcan no tener justificación, a no ser que los hechos iniciales se hayan grabado profundamente en la mentalidad del niño, determinando el rumbo de toda su vida sexual, lo que no es otra cosa, como sucede en todas las perversiones, que la supervivencia de la lesión causada por el traumatismo psíquico.

El niño que ve azotar a otro, si el motivo de la azotina ha sido justo, no deja de experimentar una sensación de voluptuosidad ante la conciencia de que el acto quedó debidamente sancionado. Por otra parte, el acto de azotar equivale a una demostración de superioridad o de autoridad del que azota sobre el azotado, circunstancia que el niño llega a envidiar, porque el hecho de infligir un castigo, sea de la naturaleza que fuere, significa en su imaginación un principio de independencia y de libertad, tendencia natural de su instinto, cuyas expresiones han de estar subordinadas a la voluntad de las personas superiores a él.

Algunos autores, como los psicoanalistas, pretenden llevar las investigaciones de tales hechos a un terreno demasiado árido y demasiado acomodaticio también, que, dígase lo que se quera, se presta bastante al fracaso. Las escasas—por su número—razones apuntadas son suficientes para determinar el punto fundamental de la tendencia del niño hacia la flagelación activa, bien como castigo infligido a otro de su edad o bien, lo que es muchísimo más frecuente, como modalidad de los juegos infantiles, más comúnmente observada en las niñas que en los varones.

Tal es la explicación más elemental que puede darse acerca del origen de la algolagnia activa en su modalidad física del azotamiento con respecto al niño. Un tratadista sostiene que un gran

número de factores contribuye a rodear la flagelación en la infancia de poderosas asociaciones emocionales, y que estas asociaciones son de tal carácter que muy fácilmente son conducidas a la esfera sexual. En efecto, parece demostrado que la vista de un niño azotado en la escuela puede producir excitación sexual en los compañeros que lo presencian, si bien no en todos los temperamentos alcanza las mismas proporciones emotivas.

Estas emociones son casi siempre sadomasoquistas; es decir, que el niño siente, a la vez que el deseo de azotar, el de ser azotado, lo que puede explicarse en virtud de la asociación que existe entre el placer y el dolor.

Que el individuo pasivo del azotamiento puede experimentar sensaciones voluptuosas es un hecho ampliamente demostrado en casos infinitos. La explicación es anatómica y fisiológica, independientemente de toda predisposición morbosa y sin que exista la más remota idea acerca de la relación de un acto con el otro; un fuerte estímulo en la región glútea, ya sea por medio de palmetazos, golpes o pellizcos, latigazos, etc., actúa siempre sobre el aparato sexual por la razón de que tanto la zona glútea como la genital están servidas por las mismas ramas del aparato nervioso. Féré hizo observar que la flagelación, en grado moderado, produce un efecto tónico capaz de traducirse en resultados beneficiosos para todo el cuerpo. Ya en la antigüedad consideraba Galeno que la flagelación era un tónico, hecho que observaron muchos médicos de aquellos tiempos. Un tratadista contemporáneo afirma que «no sólo debe decirse que los azotes, cuando se aplican en la región glútea, influyen directamente para estimular los órganos sexuales, sino que su influencia tónica general se extiende, naturalmente, al sistema sexual».

Por esta razón, un niño que sea azotado—exactamente igual ocurre en muchas personas mayores—, y cuyo temperamento esté predispuesto de antemano, descubrirá en ese castigo la existencia de emociones diametralmente opuestas a las que, *de buena fe*, se trate de producir en él. Decimos que de buena fe porque muchas veces el flagelador no es más que un sádico, cosa que ocurre con excesiva frecuencia en los educadores de la infancia, en los criados y en todas aquellas personas, de ambos sexos, que ejercen autoridad sobre los niños.

No obstante el goce que se experimenta con la flagelación, difiere bastante según sea activa o pasiva. En el flagelante activo,

la excitación voluptuosa se produce en virtud de los fenómenos principalmente sádicos, desempeñando el papel más importante la vista de la carne estremecida, roja, ensangrentada, llena de verdugones, ardiente, etc., a causa de los azotes, a lo que también hay que añadir la excitación producida en el azotador por el ejercicio muscular. Bloch, hablando de las sensaciones de la flagelación pasiva, dice que su esencia consiste en que las frotaciones y golpes fuertes en la región genital, y «principalmente sobre las nalgas», provocan una voluptuosa excitación incrementada por las dolorosas sensaciones de los golpes. La frotación de las nalgas, especialmente, tiende a provocar una excitación refleja de los centros espinales y simpáticos de la eyaculación, y mucho más rápidamente aún la flagelación y azotamiento de esas partes, o sea la «disciplina inferior».

En cuanto a la inclinación a la flagelación por causas ocasionales, ya sea activa o pasiva, influye muy poderosamente el estado sexual del observador, aun prescindiendo de todo lo referente a su equilibrio psíquico, y ya se trate de hombres o mujeres en cualquier edad, con tal que el impulso genésico no se encuentre definitivamente suprimido. Si en el momento en que tiene lugar un acto de azotamiento el observador se encuentra sexualmente excitado por cualquier causa, es casi seguro que la escena contribuirá a aumentar su excitación, y a partir de aquel momento, siempre que el impulso sexual se manifieste, bien por causas espontáneas o por motivos naturales, no dejará de asociar aquella emoción con el recuerdo de la escena presenciada. Desde luego hay que tener en cuenta un detalle importantísimo: que la emoción es mayor cuando las maniobras se verifican «a carne descubierta», lo que se explica si nos atenemos a las confesiones de casi todos los flagelantes, ya sean activos o pasivos, o sea sádicos o masoquistas, y, en otro aspecto, que las sensaciones varían bastante según que la flagelación sea homosexual o no.

El caso más célebre del masoquismo infantil que se conoce es, sin duda alguna, el del célebre poeta francés Juan Jacobo Rousseau y que él mismo refiere en sus *Confesiones*. «La señorita Lambercier—dice—sentía hacia mí el cariño de una madre y también la autoridad de una madre, que algunas veces llegó hasta a aplicarnos el castigo habitual de los niños cuando lo habíamos merecido. Durante algún tiempo se contentó con la amenaza, y aquella amenaza de un castigo que para mí era completamente

nuevo, me parecía muy terrible; pero después que lo hube experimentado encontré que la ejecución era menos terrible de lo que había sido la amenaza; y lo que es más extraño, que aquel castigo aumentaba mi cariño a la persona que me lo había aplicado. Fué necesaria toda mi afección y mi natural bondad para que no tratase de renovar el mismo tratamiento mereciéndole, porque encontré en el dolor y hasta en la vergüenza que me producía un elemento de sensualidad que me causaba más deseo que temor de recibir otra vez el castigo de la misma mano. Verdad es que en todo esto se mezclaba, sin duda, un precoz elemento de sexualidad, pues el mismo castigo, aplicado por su hermano, no me hubiera parecido tan agradable. ¿Quién hubiera creído—agrega—que aquel castigo infantil recibido a la edad de ocho años, por manos de una mujer joven, había de determinar mis gustos, mis deseos y mis pasiones durante el resto de mi vida?»

Otro caso comunicado a Bloch por uno de sus clientes demuestra el desarrollo de la flagelomanía en virtud de estos «accidentes" tan naturales en la vida infantil: "Desgraciadamente—dice—, se despertó en mí desde muy joven la inclinación a un flagelantismo parecido, que comenzó a manifestarse primeramente por haber concedido mis padres autorización a las criadas de mi casa para que me castigaran corporalmente, tanto, que aun a los catorce años me azotaban en el trasero, porque mi padre había prohibido, por motivos de mi salud, que me pegaran en otras partes, y siempre tenía que ser con los pantalones bajados y las nalgas al descubierto. Recuerdo, como si hubiera sido ayer, que una criada, apenas dos años mayor que yo, demostraba gran celo en el manejo de la vara, que dejaba caer sobre mí, y también recuerdo perfectamente que cuando cumplí nueve años, a consecuencia del excesivo abuso que de sus atribuciones habían hecho las criadas, no sólo no me importaban ya nada los golpes, sino que, al contrario, procuraba darles motivo para que me castigaran. Y como si esto no fuera bastante, las autoricé yo mismo, desde los catorce años, y sin conocimiento de mis padres, a que me castigaran, porque así me sentía excitado sexualmente. También me excitaba de un modo extraordinario al ver cómo aplicaban las criadas la pena de los azotes a una hermana mía algo menor que yo, la que había ya cumplido quince años. La consecuencia de todo esto fué que si bien mis hermanas no mostraron ganas en lo sucesivo de que se las castigara, presenciaban gusto-



AME D'ESCLAVE

Ouvrage très curieux contenant des révélations stupéfiantes sur la domination par des femmes, avec 50 illustrations réalistes..... Prix : **35 fr.**

LITERATURA ALGOLÁGNICA

Muestra del anuncio de un libro de «grand succès», y acerca de cuyo contenido no es necesario dar explicaciones para hacer comprender claramente a los lectores las materias de que trata.

LAMINA VII



LITERATURA ALGOLÁGNICA

Lo mismo que la lámina anterior, es otro anuncio de literatura algolagnista, muy difundida en algunos países de Europa, y de la que en Francia, sobre todo, se hace una activa propaganda.

LAMINA VIII

sas mi azotamiento. Y, ¡cosa extraña!..., mis goces sensuales aumentaban en su presencia. Años más tarde, me proporcionaba un especial placer el que las criadas me pegaran delante de sus amigas, y, sobre todo, si alguna vez, en vez de azotarme con una varita, me pegaba con la mano; pero, así y todo, accedía, cuando ellas me lo pedían, a dejarme pegar con la varita o con la fusta del perro».

La inclinación al sadomasoquismo, pues, como hemos visto, se inicia en la edad infantil de la manera más simple e insospechada, desarrollándose a medida que el individuo crece y su impulso sexual tiende a manifestarse con más vigor hasta que la entrada en la pubertad determina la vuelta a la normalidad sexual, a no ser que se trate de individuos muy sensibles y emocionales, o también casos en los que la herencia neuropática sea la causa principal de la perversión algolágnica.

La flagelación es una de las perversiones más extendidas, hasta el extremo de que un autor ha llegado a decir que «la notable parte que el palo ha representado en la historia de nuestra civilización (se refiere a Inglaterra) justifica el gran interés científico de este asunto».

En efecto, no cabe duda que siempre ha sido Inglaterra el país en donde con más interés se ha estudiado la flagelación y en el que hasta más tarde se han conservado los procedimientos de la justicia de los pasados tiempos. Un autor inglés reconoce que la flagelación es la forma más frecuente de las perversiones sexuales en Inglaterra. Bloch coincide en el mismo punto, diciendo que Inglaterra, que es el país clásico de la flagelomanía, es hasta ahora el único que tiene verdaderos burdeles de flagelación.

Otro autor, también inglés, dice: «El predominio de la flagelación en Inglaterra se evidencia por Andrews en su libro sobre los antiguos castigos. La flagelación pública se practicaba en las mujeres desnudas, golpeándolas hasta que sangraban, y a veces hasta que morían. El juez Jeffreys, gran conservador de las buenas constituciones y costumbres antiguas, al sentenciar a una señora a ser azotada decía en su estilo peculiar: «Verdugo, le encargo a usted una atención particular para esta señora. Azótela vigorosamente; azótela hasta que corra su sangre. Estamos en Navidad y hace un tiempo frío. Cuidad de calentarla bien las espaldas». Hasta 1791 no fué abolida la ley de Flagelación a las

mujeres por el delito de vagabundas. El azotamiento no estaba limitado a las mujeres, a los puritanos, felones o locos.

»En las cuentas del condestable de la aldea de Huntingdonshire, el año 1710, se lee la siguiente partida: «Pagado a Tomás Hawkens por azotar a dos personas, aunque tenían viruelas, 8 *d.*". Las señoras acostumbraban a azotar a sus niños y a sus sirvientas. Una dama de calidad, la señora Francisca Pennoyer, recordaba un incidente de esta clase, en su diario, el año 1760. Una criada había divulgado cierto escándalo de la familia, por cierto, verdadero. La dieron a escoger entre ser despedida o azotada, y escogió esto último: «La pedí que me trajera el bastón que estaba en el gabinete de mi suegra, la hice arrodillar y que pidiera perdón, lo cual hizo ella llorando. La mandé que se preparase y la azoté bien. La carne de la muchacha es rolliza y firme, y ella es una persona aseada—tanto, que sin exceptuar a mis propias hijas, que son delgadas, y una de ellas, Carlota, más bien descolorida—, como no he azotado a nadie hace mucho tiempo". Que la flagelación era bien conocida en Inglaterra como estímulo sexual en el siglo XVIII está suficientemente demostrado por el hecho de que en una de las series representando el «Harold's Progres» de Hogarth, un palo de abedul está colgando sobre el lecho.»

Con referencia a Hogarth, manifiesta en su libro, acerca de la vida de una prostituta, que la vara de fresno es un requisito necesario en un burdel, y que raras veces falta este sencillo instrumento de flagelación en el domicilio de una prostituta.

Está ampliamente demostrado que las mujeres inglesas encuentran verdadero placer en la flagelación activa, y no tanto en la pasiva. En una casa habitada por una inglesa algo excéntrica, en los alrededores de Singapoore, se descubrió una verdadera escuela de flagelación, en la que la inglesa daba lecciones (¡!) a varias damas de la misma nacionalidad. La «carne de ensayo» eran una docena de robustas muchachas indígenas a las que las discípulas pagaban un tanto por sesión.

También en París existían hace tiempo—y seguramente existirán aún—ciertos lugares reservados «donde se reúnen mujeres jóvenes y niñas, como en una especie de «escuela», en la que sádicos masculinos les dan lección con una vara de fresno» (Guénole: *L'etrange passion*).

Un aspecto interesantísimo de la flagelación es el de su práctica como penitencia religiosa, conocida en todos los tiempos y ejecutada por los fanáticos de todas las religiones, lo que prueba que no siempre existe una relación entre ese procedimiento y la emoción sexual. Evidentemente, desde el punto de vista de la moral religiosa, no es posible que se instituyera la flagelación más que como penitencia o autocastigo por la comisión de ciertos pecados, por lo que es lógico suponer que siempre se mirase al azotamiento como un procedimiento beneficioso e inofensivo para castigar.

La Iglesia católica la aprobó y toleró como forma de penitencia, si bien algunos Papas, entre ellos Adrián IV, en el siglo VIII, y Clemente VI, en el XII, se opusieron resueltamente a que continuasen tales prácticas, en virtud de los abusos que cometían los sacerdotes, que eran los encargados de administrar tales castigos.

Indudablemente, esta prohibición no fué impuesta porque los administradores de la penitencia se excediesen en sus funciones; pensar esto sería tanto como desconocer la psicología de las religiones, o, por mejor decir, de sus más conspicuos entusiastas: lo que ocurría es que, a pesar de las buenas intenciones que animaron a los legisladores para la introducción de ese castigo, no debió ser fácil a los clérigos ocultar las emociones sexuales que acompañaban a sus maniobras, lo que era incurrir en los mismos vicios del antiguo paganismo, entre los cuales, por cierto, no aparece la flagelación como perversión sexual. En su *Historia del celibato sacerdotal*, dice Kierman: «La asociación de la flagelación religiosa con sensaciones sexuales pervertidas se demuestra por las censuras de la Inquisición, que persiguió a los curas que, al imponer la flagelación como penitencia, la aplicaban ellos personalmente, o eran causa de que el penitente la sufriera a su presencia, u obligaban a una mujer a que le azotase, considerando que todo esto eran formas de «solicitación».

El autoazotamiento, tan común entre los antiguos ascetas, no ha desaparecido aún, al decir de los que lo practican, como forma expiatoria de pecados veniales. No negamos que, en efecto, algunos santos varones y devotas penitentes crean a ciegas que los cilicios y flagelos desgarrando la mísera carne pecadora sirvan para desbrozar el camino que lleva al cielo; ahora bien, si nos atenemos a infinitos hechos más reales, se verá que, si en el cielo hay justicia, esos azotes no son más que un medio vo-

luptuoso para conducir a tales devotos hacia las hirvientes calderas de Pedro Botero. El profesor Reverdín refiere el caso de una muchacha joven que tenía a su cargo, que, después de haber agitado todos los recursos de su inteligencia, descubrió que la sensación del placer se lograba azotándose ella misma violentamente sus muslos y nalgas. Para este fin había inventado un látigo formado de doce cuerdas, terminadas en cáscaras de castañas provistas de espinas. (Profesor Reverdín, *Revista Medical Suiza.*)

España no ha sido el país donde menos se ha practicado la flagelación religiosa, y hasta en los tiempos actuales no es difícil encontrar la repetición de estos hechos, sobre todo en algunos pueblos; otro tanto ocurre en Portugal. Claro es que tales prácticas ya no se ejecutan públicamente en la forma que describiremos más adelante, sino que parecen haber quedado relegadas entre los cofrades de ciertas Asociaciones religiosas. Afortunadamente, la implantación de la República ha venido a dar al traste con muchos fanatismos que en los tiempos modernos, lejos de beneficiar a la siempre respetable Religión católica, servían más para escarnecerla y revelarnos la gran miseria moral de muchos supuestos buenos religiosos.

Una aristocráta francesa, la condesa d'Aulnoy, que visitó España a finales del siglo XVII, describe en su libro *Relation du voyage d'Espagne* los actos de flagelación que tenían lugar públicamente en Madrid, bajo el reinado del último de los Austrias, aquel Carlos II *el Hechizado*, que vivió entre frailes y beatas.

Estas ceremonias de flagelación tenían lugar durante las procesiones de Semana Santa, yendo los flagelantes vestidos lo mismo que se disfrazan en la actualidad los pertenecientes a ciertas Cofradías, ocultándose el rostro con un capuchón a manera de cucurucho y todo el cuerpo bajo un sayal. La condesa, que por lo visto observó con cuidado tales «españoladas»—puesto que, aparte de Portugal, que estuvo sometido a España, no se observaron jamás en ningún país católico—, dice lo siguiente: «Atan cintas a las disciplinas y, generalmente, sus esposas lo tienen a gran honor. Para obtener la admiración pública no deben gesticular con los brazos, sino mover sólo los puños y las manos; los golpes deben darse sin prisa, y la sangre no debe manchar los vestidos. Se producen terribles heridas en los hombros, de las que brota la sangre en abundancia; van por las calles con pasos

mesurados; al pasar ante las ventanas de sus casas o de las en que viven sus amadas, se azotan ellos mismos con paciencia maravillosa. La dama presencia este hermoso espectáculo detrás de las cortinas de su habitación, y con señales le anima para que se azote, dejándole comprender cuánto le gusta esta clase de galantería. Cuando encuentran una mujer hermosa se golpean de tal suerte que la sangre la salpica; esto es un gran honor, y la favorecida dama les da las gracias... Todo esto es verdad al pie de la letra».

Refiere dicha condesa que también vió a otros penitentes pertenecientes a familias nobles, los cuales iban por las calles con el cuerpo desnudo de cintura para arriba y descalzos, algunos cargados con cruces muy pesadas y otros con espadas clavadas en la piel del cuerpo y de los brazos.

Míster Towsend, un viajero inglés que visitó España en el año 1786 durante las fiestas de la Cuaresma, dice que asistió a un Miserere en la iglesia-convento de San Felipe Neri, de Barcelona, la noche del Viernes Santo. Dice que los fieles se cerraron en el templo, apagaron todas las luces, a excepción de las que iluminaban la estatua yacente de Cristo, «y en una completa obscuridad se descubrieron las espaldas y se aplicaron las disciplinas, cantando mientras se azotaban, aunque ruidosa y ásperamente, con gran vehemencia, durante veinte minutos, al cabo de cuyo tiempo sólo se oyó un profundo gemido». (Towsend, *Viaje por España en 1796.*)

En el año 1789 también visitó nuestra patria un extranjero, que vivió en Málaga algunos meses, el cual hace un relato que reproduce el profesor Malherman en uno de sus libros: «Llegué a la ciudad, dice, y a las cuarenta y ocho horas encontré a un amigo, que me invitó a quedarme allí para asistir a las solemnidades de Cuaresma. El amigo me dijo que fuera con su hermana a la iglesia la noche del Viernes Santo, y como me extrañara aquella proposición, y, sobre todo, la compañía que me adjudicaba, díjome el amigo que se trataba de expiar un gran pecado. Quise asistir a la solemnidad religiosa y me fijé en que las mujeres llevaban capa y mantilla y que acompañaba a cada mujer un caballero.

»Una vez en la iglesia, y a los pocos momentos de entrar, quedamos a obscuras, en medio de tinieblas espesas. Inmediatamente se inició la flagelación. Se azotaban unos a otros sin la

menor piedad, y no tardé en sufrir los efectos de aquella orgía mística. La hermana de mi amigo me pegaba sin cesar; a tientas acertaba siempre, y con una especie de frenesí me mandaba cantar como cantaban todos mientras se azotaban de lo lindo; luego se echó encima, diciendo que hiciera lo que ella. Obedecí, y con el propio látigo de la joven me apliqué a azotarla, porque el dolor me sacaba de tino; cayó ella en el suelo sin cesar de cantar como la masa entera de fieles y cuando yo apenas podía sostenerme.

"La flagelación terminó muchas horas después, como terminaron también los gritos. Cuando la luz del alba penetró por las ventanillas de la iglesia, aparecieron los flagelantes tendidos sobre el suelo cubierto de manchas de sangre. Unos se levantaban trabajosamente, cojeaban otros y se quejaban todos amargamente. Por fin, salimos de las iglesia, y siempre recordaré que en ella sufrí por primera y última vez los efectos de la flagelación."

Por excepción, durante el reinado de Enrique III de Francia, tomaron gran incremento las asociaciones religiosas de Penitentes Negros, denominados así porque vestían ropas de este color. La madre del rey patrocinaba con su hijo cofradías y procesiones, durante las cuales las damas de la aristocracia, desnudo el pecho y los pies descalzos, se azotaban unas a otras implacablemente, hasta quedar cubiertas de sangre. Las cosas no quedaban ahí, sino que, para resarcirse del dolor sufrido, en la misma calle solían tener lugar escenas de una lubricidad desenfrenada, que desentonaba bastante con el acto religioso. Las autoridades de la Iglesia prohibieron entonces en Francia las cofradías de disciplinantes, que sólo existieron durante el año de 1574 a 1575, que duró el reinado de Enrique III, el de la famosa *Noche de San Bartolomé*, de tan mal recuerdo para la Iglesia Protestante.

Entre los individuos de las cofradías religiosas de Marruecos, como los *aisawas* y *hamatchas*, la flagelación también se verifica durante las fiestas anuales del calendario mahometano. Se emplea el látigo, pero también utilizan armas tales como el cuchillo y la hachuela, con las que llegan a inferirse heridas mortales. Yo he visto en Mekinez a estos fanáticos posesos de una verdadera furia mística y suicida; con un hacha de largo mango y pequeña y afilada hoja, se infirió en el cráneo numerosas heridas, por las que sangraba en abundancia. (Lámina V.)

Este espectáculo, que sólo pudimos presenciar disfrazados de moros, es terriblemente repugnante para un europeo; la sangre, que en abundancia brota de las numerosas heridas de estos fanáticos, que a la vez gozan prestigio de santones, es recogida en pedazos de pan, que los fieles comen con sigular avidez. Las heridas se las curan con ceniza y zumo de limón, haciendo una pasta con estos ingredientes, que se aplican a las enormes brechas abiertas por las hachas. La extraña particularidad de estas heridas consiste en que, en realidad, cicatrizan en unos minutos. Puedo decir, bajo palabra de honor, que en mi vida pude presenciar un hecho tan sorprendente ni que me produjese tan honda emoción. El secreto de la rápida curación de esas tremendas heridas no ha podido ser penetrado por la ciencia moderna, pues la aplicación de tal remedio resulta completamente ineficaz en las lesiones sufridas por otros individuos que no estén en "olor de santidad", como dicen estar los cofrades de esas sectas sanguinarias.

A pesar de tan brutal flagelación, de esos cruentos suplicios, que van desde el empleo del látigo hasta el del hacha, no es posible decir que estos salvajes experimenten sensaciones eróticas. No obstante, cuando ejecutan la autoflagelación, lo que con mucha frecuencia hacen los santones y religiosos que viven solos, es raro que dichas maniobras se practiquen como método expiatorio, sino que la finalidad perseguida y lograda siempre es francamente sexual.

En las narraciones de la vida conventual, hecha por los abates del siglo XVII y XVIII, la flagelación ocupa numerosas páginas de sus libros y manuscritos en los que describen las escenas más picantes y menos místicas que pueden imaginarse. Gustavo Schultze refiere numerosas escenas de flagelación, que, bajo un disfraz místico, ocultaban los más torpes deseos y placeres de los religiosos—y religiosas—flagelantes.

Al advenimiento de la República en Portugal en el año 1910, fueron hallados en un convento numerosos libros franceses, que trataban del sadomasoquismo en todas sus formas, así como muchos extraños instrumentos que no eran más que cilicios y látigos de varias formas y tamaños, y acerca de cuyo empleo facilitó muy detalladas informaciones uno de los religiosos, verdadero santo varón, que siempre se mostró opuesto en absoluto a la práctica de aquellas atrocidades, que tanto entusiasmaban a sus compañeros de claustro.

La flagelación, como excitante sexual, es conocida en todos los países del mundo. En la India se dice que, aunque se conocieron

siempre los efectos excitantes de los azotes, nunca adquirió tanto desarrollo como desde la dominación inglesa, ya que los castigos impuetos a los indígenas casi siempre se basan en estos métodos, si bien se observa que, como dice un libertador indio, "son penas que casi siempre hacen agradable la esclavitud de los indios y la misión de los dominadores". Un poeta alemán, que se educó en Inglaterra, llegó a decir que la flagelación está llamada a ser la única modalidad sexual de un cercano porvenir, lamentándose de la creciente insensibilidad que para el amor observa el género humano.

CASOS CELEBRES Y CURIOSOS

El sadomasoquismo y la cultura.—El amor de dos masoquistas.—Los educadores de niños.—La alegría y la pena como elementos algolágnicos.—Los masoquistas «esclavos».—Un relato interesante.—El anciano que gozaba encerrando jóvenes en una jaula.—Los que encuentran placer en la prisión.—El de los dientes postizos.—El conde que se humillaba con sus criados.—Un general ruso que fregaba platos

Los médicos legistas de todo el mundo pudieran formar apretados volúmenes refiriendo los casos de sadomasoquismo que se ofrecen a diario a la interpretación de los Tribunales de Justicia y que no son, en resumen, más que la demostración plena de que la relación existente entre el amor y el dolor es un hecho que no se borrará nunca de la mentalidad del *genus homo*.

Todos los tratadistas han dado cuenta en libros y revistas científicos de hechos que no han llegado a las salas de las audiencias, pero que de siempre han ocupado la atención del clínico. No cabe duda que el sadomasoquismo, como ya hemos visto en el presente volumen y algunos anteriores, amén de lo mucho que queda por decir en otros, se encuentra en seres normales perfectamente organizados. Ahora bien, en aquellos individuos cargados con taras neuropáticas de cualquier especie, estos episodios resultan considerablemente agravados por su significación antisocial, aunque, a fin de cuentas, no son otra cosa que la prueba de la existencia de múltiples rasgos ancestrales, que son antiquísimos en todas las razas.

La tendencia a encontrar placer en la sumisión y en el dolor se observa en las gentes de todas las razas, especialmente, aunque parezca extraño, en las civilizadas, y de manera particular en la mujer. Un tratadista refiere el siguiente hecho, extraído de la revista científica intaliana *Archivio di Psiquiatría*: "El sujeto era una joven señora, de diecinueve años, de noble raza italiana, pero nacida en Túnez. Por parte de su madre había heredado algo de neurosis, y

padecía algunos ataques de carácter histerioepileptiforme. Había sido educada muy cuidadosamente, pero con gran severidad; poseía varios idiomas, notables aptitudes intelectuales y se preocupaba mucho de las cuestiones sociales y políticas, defendiendo las soluciones socialistas y revolucionarias. Su personalidad era atrayente y simpática, de tez morena, ojos negros y cabellos muy abundantes; un vello finísimo cubría su labio superior y la parte inferior de sus mejillas; tenía la boca grande, la cabeza acrocefálica y los órganos genitales externos de normales dimensiones, pero algo asimétricos. Desde su infancia gustó siempre de trabajar y meditar a solas. Sus sueños habían sido siempre de amor, desde la menstruación, que la tuvo a la temprana edad de diez años, acompañados de fuertes sensaciones sexuales, aunque en aquella edad sus sensaciones eran vagas e indefinidas; pero el deseo de placer iba siempre acompañado de un deseo de dolor, del deseo de morder y destrozar alguna cosa, y, por decirlo así, de aniquilarse ella misma. Experimentaba gran alivio después de los períodos de "meditación erótica", y si esta meditación se verificaba por la noche, se masturbaba algunas veces, pues, según decía, el contacto con las sábanas la producía la ilusión de un hombre. Con el tiempo, aquella vaga aspiración por un hombre se trocó en un deseo más definido por un hombre que la amase, y que, como ella se figuraba, la pegase. Por acaso tuvo relaciones secretas con dos o tres amantes sucesivos, siendo cada una de estas relaciones descubiertas por la familia de ella, dando lugar a varias tentativas de suicidio frustradas. Pero la asociación del dolor con el amor, que espontáneamente se había desarrollado sus sueños solitarios, continuó en sus relaciones actuales con sus amantes. Durante el coito se mordía y estrujaba los brazos hasta que las uñas se clavaban en ellos. Cuando su amante la preguntaba por qué en el momento del coito le rechazaba vigorosamente, contestaba: "Porque necesito ser poseída por fuerza, herida, sofocada, vencida en una lucha." Otra vez dijo: "Yo necesito un hombre con toda su virilidad, para que pueda torturar y matar mi cuerpo." En este caso, el deseo de la hembra de ser violentamente sojuzgada por el macho iba unido al de ser dominada sexualmente por un hombre inteligente, tratando también de estimular los gustos intelectuales de su amante."

Calcúlese por un momento lo que puede ocurrir en un caso de esta naturaleza, cuando la mujer se encuentra con un hombre de tendencias masoquistas equivalentes, como ya ha sucedido y

ocurre con harta frecuencia. Un soldado que prestó servicio en Africa, muy inteligente, culto y de ideas anarquistas, se puso en relaciones con una "madrina de guerra", mujer de parecidas aficiones y condiciones intelectuales. La correspondencia de los dos enamorados—tuve la ocasión de leer algunas cartas—revelaba en ambos un temperamento amoroso exaltado. Frecuentemente hablaban de sufrimientos, del placer de sufrir por las penalidades del ausente. Ella escribía en una de estas epístolas: "Deseo ardientemente tenerte a mi lado para que goces con mi cuerpo y mi alma, mortificados por el hambre de tus caricias; quiero ser toda tuya de una vez para siempre, y que me hagas sufrir todo lo que por nuestra separación has padecido. Quiero demostrarte que te amo dándote mi vida gota a gota, sufriendo por ti, arrastrándome a tus pies como una esclava, deseando que me humilles y me hagas sentir toda tu fuerza y toda tu inteligencia..."

Cuando le licenciaron, la enamorada, residente en Madrid, salió a esperarle a Córdoba, en cuya estación tomaron una cabina del coche-cama. El licenciado declaró que, cuando el tren no había rodado medio centenar de kilómetros, ambos se hallaban extenuados, si bien la joven no se saciaba de caricias. Ella le pedía que la martirizase, que la hiciese sufrir, que la produjera heridas "para que yo bebiera su sangre". Ante estas súplicas, enloquecido de pasión, la mordió en todo el cuerpo, especialmente en los senos, y como esto fuera poco para satisfacer los lúbricos deseos de la muchacha, la clavó repetidas veces una navajita en los brazos. Uno de estos cortes produjo una herida por la que manaba la sangre en abundancia, y como el amante no pudiera contenerla, reclamó el auxilio del empleado del vagón, el cual dió cuenta del hecho a las autoridades. La muchacha estuvo muy grave a consecuencia de las heridas, y cuando se curó contrajo matrimonio con su antiguo ahijado. Marcharon a América, y, a los pocos días de instalarse en una pequeña ciudad, él la mató a puñaladas, terminando por dispararse un tiro en la cabeza, del que resultó muerto en el acto. Dejaron escritas varias cartas, en las que declaraban su propósito de morir de amor.

A principios del siglo causó gran sensación en el mundo entero el caso del maestro de escuela Dippold, el cual secuestró a varios niños, con los que satisfacía sus impulsos sexuales sádicos. Muchos de sus discípulos fueron curados de heridas de importancia, que les infirió el profesor sin motivos.

Bloch refiere un caso parecido al de Dippold, que se vió ante la Sala segunda de lo Criminal de Hamburgo. El acusado pertenecía a la clase ilustrada de la población, había asistido a la Universidad y era oficial de la Reserva; después de haber desempeñado diferentes cargos, era últimamente redactor de una revista profesional, editada por una entidad publicitaria. Desde 1900 a 1903 habitó el acusado en Berlín, donde entabló relaciones íntimas con una señora, de la que consiguió que le encomendara a un hijo suyo para que se encargara de educarlo. Después de trasladarse a Hamburgo, en julio de 1903, logró que aquella señora le mandara su hijo a Hamburgo, a fin de continuar educándole. Allí puso al niño en una pensión, y, para que "no le molestara nadie mientras le daba clase", alquiló un cuarto en las inmediaciones de la pensión; preguntó a la dueña de la casa si había cortinas y portieres para las ventanas y puerta. El primer día que el niño fué al cuarto vió la dueña de la casa que le castigaba, y como no quería consentir tal desmán en su domicilio, denunció el hecho a la Policía, que no halló motivo para intervenir. Algún tiempo después, y preguntando al niño, se enteró la mujer de cosas muy extrañas, sobre todo del "método de enseñanza", que el acusado había empleado en Berlín, por lo cual volvió a acudir la Policía, que esta vez prendió al acusado. Este no ocultó que había pegado con un bastón al niño, pero que había sido por motivos de educación, a fin de domar el mal carácter de la criatura; pero los informes de los maestros que el niño había tenido en Berlín y los de la señora de la pensión en que vivía fueron enteramente contrarios a aquella aseveración. En vista del proceso, que se verificó a puerta cerrada, se obtuvo el pleno conocimiento de que el acusado no castigaba por interés de la educación del niño, sino movido por las más perversas inclinaciones; tal había sido la clase de los castigos que fué condenado a un año de cárcel y a dos de pérdida de todos sus derechos civiles. Una circunstancia verdaderamente extraña fué que el acusado, cuando cometió el delito por el que se le castigó, vivía en feliz matrimonio con una joven.

Un caso de sadomasoquismo típico, es decir, en el que el individuo encuentra placer haciendo sufrir físicamente a una mujer y a la vez completa la excitación mediante el dolor moral que le produce a él el hecho realizado, es el siguiente. Se trata de un individuo muy conocido en los círculos financieras de cierta capital de provincia. Cuando tenía catorce años de edad tuvo intimidades sexuales con una criada de su casa, la cual fué despedida por regresar muy tarde los domingos, cuyas tardes pasaba en unión de su amante, un individuo de malísima reputación. Algunos meses más tarde, el novio la degolló en una casa de citas. El muchacho leyó con interés las informaciones que los periódicos hicieron del crimen; al principio sintió una alegría cruel, como venganza por la actitud de la joven, que, una vez despedida de su casa, se negó a reanudar sus relaciones sexuales con el niño; pero, después, recordando los momentos felices que había pasado con su iniciadora, experimentó un verdadero pesar por el trágico final de la criada. Tal es, en resumen, el origen de su perversión psicosexual.

Nunca pudo olvidar a aquella mujer, y, recordando los detalles que del suceso daban los periódicos, se forjó un fantasma, de cuya asociación no podía prescindir nunca en los actos sexuales que realizó con prostitutas e incluso en las maniobras solitarias de autoerotismo: se imaginaba a la joven, primero, con un tremendo tajo en el cuello, lo que le excitaba sexualmente, y después, compadeciéndose de ella al ver que se moría; su excitación llegaba al colmo por el dolor que le producía no poderla salvar. Desde luego, nunca imaginaba practicar con ella el coito, bastándole para experimentar el orgasmo el sufrimiento moral que le causaba su impotencia para volver a la vida a la mujer que tanto había amado carnalmente.

A los veinticinco o veintiséis años, el solo fantasma fué insuficiente para satisfacerle, y entonces ideó la siguiente comedia: una prostituta debía prestarse a fingir que tenía una enorme herida en el cuello, imitada con una pincelada de un líquido rojo, que no era más que carmín diluído en glicerina, líquido que la empapaba la camisa y parte de las ropas de cama. El pervertido entraba en la habitación cuando la prostituta fingía estar agonizando, mientras decía él: "Si te está bien empleado, por p... ¡Si me hubieras hecho caso!..." Estas frases y otras parecida las repetía varias veces, hasta que, al cabo de unos segundos, cuando la cómica fingía haber muerto, se arrodillaba ante el lecho exclamando: "¡Pobre, pobre! ¡Ya no volveré a ser feliz contigo!" Lloraba acongojado, con lágrimas auténticas, abrazando el cuerpo de la supuesta muerta, y al final del llanto, que duraba dos o tres minutos, sobrevenía el orgasmo. La muchacha se levantaba del lecho y el pervertido, recobrando su habitual serenidad, satisfacía el importe de las ropas manchadas y los honorarios de la prostituta, y... hasta el miércoles

siguiente, día de la semana elegido para sus extraños desahogos eróticos.

El doctor Ertel, procurador fiscal que fué de un tribunal de Hamburgo, refirió a Iwan Bloch el siguiente caso de un masoquista tipo *esclavo*, o sea los que sólo gozan sometiéndose a las mayores tiranías y bajezas impuestas por la "señora": "Cuando yo comía —dice la "señora"—estaba él debajo de la mesa o acurrucado en un rincón del comedor, esperando que le echara algún hueso o le diera las sobras de mis platos; a veces, ladraba como un perro, y para parecerlo más, llevaba un collar con una cadena, de la que yo le tiraba cuando terminaba de comer. El mismo se puso el nombre de *Nerón*, y así le llamaba yo; y cuando alguien entraba en mi cuarto sin mi permiso, le mardia en las pantorrillas; este era el primer paso para convertirse en esclavo. Me fregaba los pisos, pelaba patatas, hacía un asado y una porción de quehaceres domésticos. También quería servirme de cabalgadura; hacía que me sentara sobre su espalda y me transportaba de una habitación a otra. Si se resistía a algo, cogía yo el látigo y me hacía obedecer. Me contó que había mantenido correspondencia con un cómico, imitador de actrices y cantantes, al que luego trató, pero que se hartó de él muy pronto, y, para zafarse de él, emprendió un viaje. Entretanto, desapareció el cómico y él pudo regresar a su casa. Me dijo también que se citaba con las mujeres en Schaarhof (una calle de Hamburgo, en la que habitan las rameras de más baja estofa), porque, en dicha calle, había mucho movimiento los sábados, día de cobro de los jornaleros. Cuando las mujeres aquellas le veían llegar, gritaban: "¡Preparaos, que viene barbita en punta!" Recibía su correspondencia con estas señas: "J. R. 18. Poste Restante. Plaza de San Esteban".

"Algunas veces le tenía que encerrar en un armario de vestidos, atándole por el cuello, y tan corto, que no pudiera moverse, y luego cerraba con llave.

"En mi casa tenía que hacerle llevar trajes de esclavo para que se creyera ser verdaderamente uno de ellos. Le quité un día todo su dinero y las llaves de su casa, de su oficina y de la caja, sólo le dejé marcharse después de una noche y dos días. Z, sólo se manifiesta así algunas veces, pues, por lo general, es muy razonable No alterna con ninguna persona decente; su trato es con rameras y gente oscura, porque entre ellas se encuentra muy a gusto; él mismo me lo ha dicho. Hasta los que le necesitan procuran apartarse de él en la calle.

"Me dijo que si se lo mandaba aprendería a peinar y rizar el pelo, y a pintar y dar colorete a las señoras, porque las caras pintadas le excitan mucho.

"Un día me dijo que buscara otro esclavo; le obedecí. Antes tuve que atar muy bien de pies y manos a Z, y le vendé la cabeza de manera que sólo se le vieran los ojos; quería que el nuevo esclavo le viera así, y que se le dijera que le había maltratado tan cruelmente que tenían que llevarle al lazareto, que era el cuarto de las criadas. Cuando llegó el otro esclavo, le expliqué todo como deseaba Z, y cuando le vió atado y vendado, se asustó tanto que se marchó corriendo a la calle."

El doctor Kiernan refiere el siguiente caso curiosísimo de sadismo por privación de libertad: "Dos ciudadanos de buena posición, en Wladikawkas (Rusia), habían raptado repetidas veces a jóvenes, hijas de honorables familias, tratándolas de muy extraña manera. Como víctimas de demencia senil, fueron ambos absueltos e internados en un manicomio. Su última víctima fué una rica heredera a la que tuvieron presa un año. Dos ancianos, cubierto el rostro por unos antifaces, la sorprendieron una noche; la amordazaron, vendaron los ojos y la raptaron, valiéndose de un carruaje. Cuando le quitaron la venda de los ojos, se vió la joven en un salón, lujosamente amueblado. Sin pronunciar una palabra, le entregaron los dos ancianos un traje de plumas, que la estaba muy ceñido, y la encerraron en una jaula dorada que había en medio del salón. Uno de los dos ancianos, porque al otro no volvió a verle más, la contemplaba en silencio todas las mañanas a través de los dorados hierros de la jaula, la echaba algunas veces terrones de azúcar y la llevaba un jarro de agua caliente, que vertía en el bebedero de la jaula, mientras decía: "Báñate, pájarito"; las únicas palabras que le oía. Sólo un año después la sacó de su prisión el misterioso viejo, volvió a vendarle los ojos y, en un carruaje, la llevó hasta cerca de su casa. Un caso semejante no creo exista en literatura. Todo en él transcurrió platónicamente; no hubo nada de coito, exhibición u onanismo antes o después de contemplar al pájaro. Seguramente se trató de una satisfacción sexual, abortada con principios sádicos y con la circunstancia de que sólo jóvenes de buena familia, vestidas de pájaro y encerradas en jaula podrían originar el orgasmo. ¿Por qué precisamente la figura de pájaro? Quizá des-

empeñase subconscientemente el pájaro algún papel de animal en celo. Que tuvieran que ser muchachas jóvenes es muy comprensible tratándose de ancianos: los extremos se tocan. Donde radicaba indudablemente el fondo sádico, más aún que la privación de la libertad, era que tuvieran que ser de buena familia."

En contraste con el caso anterior, conozco uno de masoquismo también por privación de libertad. Un individuo, de treinta y cuatro años, empleado de un ministerio, donde ocupaba un importante cargo, tenía una habitación en un piso, arreglada en forma que parecía una celda. Su "partenaire" era una vieja de cerca de sesenta años, que el raro personaje había retirado de una casa de prostitución, donde prestaba los servicios más humildes. Este hombre se colocaba un uniforme de presidiario, se hacía atar unos grilletes a los tobillos y las muñecas y, sentándose sobre el borde del camastro, permanecía dos o tres horas con la cabeza entre las manos, en actitud pensativa. Al cabo de todo ese tiempo, la vieja llegaba, portando una escudilla con cualquier comida, pero ataviada de la manera más extraña: desnuda, no tenía sobre su cuerpo más que unas altas botas de montar, que habían de ser charoladas y muy relucientes; a la cabeza, un tricornio de guardia civil y una bandolera negra, de la que pendía un manojo de llaves.

La horrible vieja tenía que decirle: "Ahí tienes la comida, criminal; ya pronto van a ahorcarte." Y contestaba él: "Todo lo prefiero a verte, vieja e infame carcelera." Replicaba la vieja: "Pues yo haré que no te ejecuten, para que me veas mucho tiempo."

La comedia se desarrollaba en este plan, sin que el preso cambiase de postura; después de algunos minutos de conversación, se echaba sobre el camastro sollozando, y abrazándose a la almohada se provocaba el orgasmo.

El doctor Laurent cuenta la siguiente historia: Un perfumista de París iba con regularidad a reuniones fijadas de antemano en cierta casa, cuya propietaria había convenido en prestarse a sus extrañas combinaciones. El perfumista entraba en la casa vestido de etiqueta y saludaba a la dama, que le recibía con altanería y vestida con gran lujo. El la llamaba "marquesa" y ella debía llamarle "querido conde".

El visitante hablaba a la dama de la felicidad de encontrarla sola, de su amor y de sus deseos. La "marquesa" debía representar el papel de una persona herida en su dignidad. El pretendido "conde" se acaloraba cada vez más, hasta que llegaba a pedir a la señora que le dejase besarla. La "marquesa" se indignaba y llamaba a un criado, contratado expresamente para esto, que asía al visitante y lo ponía en la puerta de la calle. El "conde" se marchaba muy contento, después de pagar espléndidamente a todos los actores de la comedia. (Citado por Chapotin.)

En París se conoció el caso de un aristócrata auténtico, que vivía en unión de una hija y con seis criados. Un día a la semana la hija marchaba a casa de su abuela materna—la madre había muerto—, con la que el padre estaba reñido. El aristócrata hacía que la servidumbre se vistiese con las libreas de las grandes fiestas, y él también se vestía con la mayor pulcritud y elegancia, marchando a un café próximo, al que había de ir a recogerle el chofer y un lacayo en el mejor automóvil que tenía.

Desde los primeros momentos, el lacayo tenía que tratarle con cierta irrespetuosidad, diciéndole que se diera prisa, porque el automóvil le estaba esperando. El aristócrata pedía perdón al lacayo por haberle hecho esperar, el cual tenía que replicarle una grosería, empujándole violentamente al interior del vehículo. Cuando el coche entraba en el patio, la servidumbre había de estar formada en dos filas, con la obligación de decirle: "Ya está en casa este tío puerco", o bien: "Ya ha venido el conde de la mierda", etc. Entraba en el palacio rodeado de todos los criados, que le insultaban groseramente. Uno de ellos tenía que entregarle una escoba para que barriese; otro, le daba un plumero; la pincha de la cocina le hacía pelar patatas, y, en resumen, cada cual le encargaba de realizar su cometido, lo que debía ejecutar con rapidez. Cuando se fatigaba físicamente de realizar tales trabajos, le encerraban en un cuarto, destinado a meter trastos viejos, dejándole allí hasta que golpeaba a la puerta para que le abrieran. Llamaba inútilmente durante media hora, acudiendo entonces un criado, el cual tenía que insultarle. El prisionero devolvía los insultos, y así seguía la comedia hasta que el aristócrata dejaba de hablar: diez minutos más tarde había que abrirle la puerta, y la comedia terminaba en absoluto, colocándose cada criado en su sitio. Fuera de estos días y tales momentos, ni uno sólo de los servidores hubiera osado cometer la menor imprudencia ni hacer la más leve alusión a las repugnantes escenas de la comedia tramada por el viejo aristócrata, que gustaba de ser humillado hasta esos límites, verdaderamente increíbles.

Un autor refiere el caso de un general ruso que desempeñó un importante papel en la gran guerra y gran amigo del zar Nicolás II.

Este general tenía un criado de confianza, con el que iba muy frecuentemente a una casa pública de San Petersburgo. Una vez allí, el criado elegía a la mujer que más le gustaba, y cuando ambos se habían retirado a la habitación, el general se colocaba un delantal de la criada y se dedicaba a limpiar el calzado de las pupilas y a fregar los platos. Cuando terminaba de realizar esta faena, en la que invertía más tiempo que el criado en la suya, el general pagaba espléndidamente y se marchaba, acompañado de su lacayo.

Prescindimos, por ahora, de referir más casos de esta naturaleza, que son los menos graves del sadomasoquismo. Por lo general, esta perversión prende mejor en las mentalidades más refinadas que en las obtusas, lo que denota, sin género de duda, el fondo neurótico que reside en tan extrañas aberraciones como causa principal de las mismas, y, aparte de todo, que el impulso que determina esos gestos es más artificial que primitivo, por la sencilla razón de que sólo se observan entre los pueblos civilizados.

EL MARQUES DE SADE Y SACHER-MASOCH

Quién fué el marqués de Sade.—Su vida militar. Las primeras contrariedades.—El asunto Keller. El escándalo de Marsella.—Sus ataques contra Napoleón.—Sus obras.—Biografía de Sacher-Masoch.—La condesa Xenobia.—Una escena demasiado íntima.—Sus primeras producciones literarias. Su matrimonio con Laura Rumelín.—El nuevo amor. La atracción de las pieles y el látigo.—La literatura algolagnista.

Los términos "sadismo" y "masoquismo" han sido extraídos del espíritu de las obras literarias que escribieron el marqués de Sade, francés, y el escritor galitziano Leopold von Sacher-Masoch. Los personajes de las obras del primero gozaban sexualmente produciendo el dolor, y los del segundo, todo lo contrario, encontraban placer en los sufrimientos físicos y morales de todas clases que se les infligían. No obstante, tanto en las producciones como en la vida íntima de ambos literatos, los dos elementos algolágnicos se encuentran unidos, por lo que, como hemos dicho, Sade era masoquista y Sacher-Masoch, un sádico.

Sus biógrafos han sido muchos, los cuales estudiaron los rasgos de su vida, analizándolos con mayor o menor imparcialidad. Los datos que transcribimos a continuación son extraídos de la biografía hecha por Iwan Bloch respecto del marqués de Sade, y de la de Bloch y Ellis la de Sacher-Masoch.

Donaciano Alfonso Francisco, marqués de Sade, nació en París el día 2 de junio de 1740, descendiendo de una linajuda familia de Provenza, a la cual, por un casamiento con Hugo de Sade, perteneció también aquella Laura de Novés, inmortalizada por los sonetos de Petrarca, y, por cierto, que a su hijo Fabricio se le atribuyó también un carácter tan lúbrico y cruel como el que, cuatro siglos más tarde, demostró en sus hechos y en sus escritos el marqués de Sade. Este parece haber heredado casi todas las cualidades de su tío, el abate Francisco de Sade, un conocido comentarista de Petrarca, sobre todo su extraordinario erotismo y sus aficiones a la li-

teratura. El mismo declara que todos los extravíos y extravagancias de su vida fueron debidos al ambiente aristocrático en que se crió y en el que todos los prejuicios e inclinaciones caprichosas y despóticas fueron alimentándose y fortaleciéndose por su amistad íntima con el joven príncipe de Condé. Después de una breve permanencia en el célebre colegio Louis le Grand, ingresó a los catorce años en el regimiento de Caballería ligera, y algunos años más tarde, y ya teniente y capitán, hizo la guerra de los Siete años en Alemania, operando principalmente en Hesse y Westfalia. A juzgar por las descripciones que hace en su novela *Juliette*, debió conocer muy bien aquellas comarcas e interesarse mucho por la historia de Prusia y por su Ejército.

A su regreso a Francia contrajo matrimonio, en 1763, con la hija del presidente de Montreuil, probablemente para acallar los rumores que corrían acerca de su vida de libertinaje; pero fué inútil. Ya entonces le observaba la Policía. En un informe del inspector de Policía Marais, de los años 1762 a 1764, se ve que ya en aquella época frecuentaba asiduamente De Sade los lupanares, haciendo víctimas de sus brutalidades a las prostitutas, hasta el extremo que éstas se negaban a tener trato con él. Y también, y no sin motivo probablemente, se sospechaba que rendía culto a la pederastia. Apenas haría un mes que se había casado, en octubre de 1763, fué detenido por primera vez e internado en Vincennes hasta fin del año, por haber maltratado durante una orgía en una casa de mala nota a varias muchachas de vida ligera. Quizá fué esto sólo un pretexto nada más, y el verdadero motivo la publicación de un libro obsceno, que De Sade menciona en sus cartas desde su prisión, pero cuyos títulos y contenido no podemos determinar.

Ya entonces se mostró en plena luz el amor conmovedor de su mujer, amor que ni los posteriores actos delictivos de su marido pudieron entibiar, mientras él la trataba con brutal indiferencia y cínica grosería, engañando a la infeliz con incontables mujeres. En cuanto salió de Vincennes, hizo de la mal afamada cortesana y bailarina Beauvoisin su amante en 1764, y en ella encontró "una camarada de placer y una cómplice de sus depravadas curiosidades", que le acompañaba en sus viajes anuales a su castillo de La Coste, en Provenza, y tomaba parte muy activa en las orgías que en él se celebraban. Pero aunque la vida que llevaba le hizo adquirir muy pronto una pésima reputación, fué el enorme escándalo provocado por el asunto Keller, el 3 de abril de 1768, lo que le calificó públicamente de cruel y depravado libertino y lo que explica desde entonces la especial tendencia de sus escritos.

Las referencias contemporáneas más importantes de dicho asunto tan extraño son las del burgués Hardy y de madame Du Deffand. Según ellas, los hechos que motivaron el tremendo escándalo fueron los siguientes: el día de Pascua de Resurrección atrajo al marqués a su casa de campo, en Arcueil, a una pobre mujer que le pidió una limosna. Una vez allí aquella mujer, llamada Rosa Keller, viuda de un alemán, la ató, imposibilitándola para defenderse; la azotó cruelmente con unas varas, después le infirió numerosos cortes con un cuchillo, y vertió en las heridas una masa derretida. Por fin, la desató, le anunció su muerte próxima y se recomendó como un profesor para cuando volviera al cabo de unas horas. Ese corto intervalo de tiempo fué bien aprovechado por la Keller para escaparse y alarmar a todos los habitantes del pueblo, que encontraron desnuda y en un estado deplorable a la pobre mujer, y avisaron al capitán de la gendarmería, que se apresuró a incoar un expediente. No es verosímil que el marqués de Sade tuviera intención de matar a la Keller; lo probable es que sólo quisiera sentirse excitado por la mortal angustia que pasaría aquella mujer. Pero toda la refinada disposición de la habitación de la casa de Arcueil, con los más diferentes y variados instrumentos de tortura, despertaron las sospechas de que no sería aquel el primer caso, sino que habría habido otros anteriores, sin duda para que su crueldad excitara la propia sexualidad del marqués.

También esta vez se libró el marqués relativamente bien, porque, después de pagar una indemnización a la Keller por el daño que le había causado, y seis semanas de arresto en un castillo, que la compañía de su fiel esposa hizo más soportable, fué puesto en libertad, y en seguida, y en compañía de su cuñada, que había huído de un convento, se trasladó a su castillo de La Coste. En unión de la joven realizó un viaje por Italia, y a su regreso se produjo, el 21 de junio de 1772, un nuevo escándalo, conocido por el "Asunto de Marsella". En las memorias secretas de Bechaumont se dice que De Sade repartió bombones con cantáridas entre los concurrentes a una fiesta que dió, y que los efectos afrodisíacos habían sido causa de las mayores locuras sexuales en la orgía; según el dicho de otros contemporáneos, ocurrió esto en un lupanar, y las prostitutas fueron las víctimas de aquella loca ocurrencia.

Las investigaciones hechas por el médico francés Cabanés en los

archivos presentan el hecho bajo un aspecto más inofensivo, lo mismo que una memoria publicada por la familia De Sade como protesta por el proceso. Según dicha memoria, lo ocurrido fué que, durante aquel ominoso 21 de junio de 1772 visitó el marqués de Sade varios lupanares de Marsella, pero sólo dió a las prostitutas unos bombones de anís y azúcar, sin ningún aditamento de cantáridas. La posterior acusación de intento de envenenamiento y de lascivia contra natura fué debida únicamente a declaraciones de varias rameras, cuya falsedad se comprobó ante todo por el análisis químico de los bombones, que demostró la ausencia de cantáridas u otras substancias venenosas; además, dos de aquellas jóvenes que se habían creído intoxicadas declararon el 8 de agosto del mismo año, asegurando la inocencia del marqués.

Fué condenado a la pena de muerte, y huyó a Italia ayudado por su mujer, permaneciendo allí desde mayo de 1773 hasta 1777. Cuando fué a visitar secretamente sus posesiones de Provenza fué detenido y encarcelado hasta 1790.

La Revolución del 93 le abrió las puertas de la cárcel, tomando parte activa durante los dramáticos sucesos, siendo encarcelado más tarde, acusado de tibieza revolucionaria. En la prisión escribió numerosas obras, entre ellas un libelo contra Napoleón Bonaparte y su esposa Josefina, amén de otras personalidades del Directorio, a las que describía como entregadas a toda clase de groseras depravaciones.

Este libelo dió lugar a un registro policíaco en su casa y en la de una de sus queridas, encontrándose numerosos escritos obscenos, láminas y dibujos pornográficos y toda clase de pruebas de su especial concepto del amor sexual y de la verdadera filosofía del vicio que profesaba. Napoleón le hizo recluir en el manicomio de Charenton, procedimiento muy en boga en aquella época cuando los personajes querían deshacerse de algún enemigo de calidad. El doctor Roger-Collard, eminente alienista de aquella época y director a la sazón del manicomio citado, declaró que Sade estaba cuerdo, documento que aún existe en los archivos de dicho centro benéfico. Permaneció en el manicomio hasta su muerte, que acaeció el día 2 de diciembre de 1814, a la edad de setenta y cuatro años. Estaba casi ciego, habiendo padecido durante mucho tiempo la gota, el asma y una afección al estómago. Algún tiempo después fué examinado su cráneo por un frenólogo, que le encontró pequeño y

bien conformado; "al pronto, se creía que era la cabeza de una mujer".

El marqués de Sade fué un hombre muy culto. Desde el punto de vista científico de su obra literaria, hay que reconocer que *Las 120 jornadas de Sodoma* representa un verdadero catálogo de las perversiones sexuales, y en el que se demuestra que, en su intento de explicarlas científicamente, fué el primero que empleó el método de las observaciones antropológicas para estudiar las anomalías sexuales. Cien años más tarde, von Krafft-Ebing aprovechó el magnífico guión de la obra de Sade para realizar uno de los estudios más completos que se han publicado acerca de las desviaciones de la sexualidad.

La labor que realizó De Sade fué muy extensa, si bien sólo se han dado a la estampa diez o doce libros, aparte de numerosos escritos cortos. Por editores y autores poco escrupulosos se le han atribuído numerosas pornografías más, pero basta leer dos o tres obras del marqués para darse cuenta perfecta de su estilo y tener la seguridad de que ciertas obras atribuídas a su pluma ni las ha escrito él ni se han relizado en su época.

Desde luego, es justo reconocer que creó un género de literatura honradamente sincero, ya que, al decir esto, no hemos de olvidarnos de su mentalidad ni de su particular forma de analizar las cuestiones sexuales, por lo que podemos llamarle "filósofo del vicio".

Al calor de las obras de Sade surgieron infinitos imitadores. El sadismo es una perversión que se presta al desarrollo más extraño de la fantasía, tema que si tuvo muchos partidarios entre los literatos de ínfima categoría es bien cierto que siempre ha sido apreciadísimo por grandes masas de lectores, especialmente en Inglaterra, Alemania y Francia. Pero digamos en honor del marqués de Sade que si a él le animaron a escribir unos deseos puramente morbosos, como si ello fuese una imperiosa necesidad de su espíritu, al resto de los que más tarde han hablado de tales asuntos les movieron fines puramente mercantiles, y, por lo tanto, innobles.

Veamos ahora algunos detalles biográficos del célebre Sacher-Masoch, referidos por Havelock Ellis, Eulemberg, Bloch, Durhem y otros, de los cuales entresacamos aquellos aspectos más interesantes de la vida y la obra del autor de la famosa *Venus de las pieles*, tal vez la más interesante de todas las narraciones que reunió en *La herencia de Caín*.

Leopoldo Sacher-Masoch nació en Lemberg, Galitzia, en el año

1836. Era de raza española, alemana y, más especialmente, eslava. Se cree que el fundador de la familia fué un tal don Matías Sacher, joven noble español del siglo XVI, que peleó con Carlos V; habiendo sido herido gravemente, fué llevado a casa de un noble bohemio, cuya hija le cuidó; aunque él no entendía el alemán ni ella el español, se enamoraron él y ella, y se casaron; el joven español cambió de nacionalidad y adquirió los privilegios de noble bohemio, estableciéndose con su esposa en Praga. A la desmembración de Polonia, el abuelo del novelista consiguió una importante posición oficial en Galitzia y se casó con una señora del país. Su hijo, el padre del novelista, fué jefe de Policía en Lemberg, y se casó con Carlota Masoch, joven rusa, de familia noble. El novelista, hijo mayor de este enlace, no nació hasta nueve años después del matrimonio, y en su infancia fué tan enfermizo, que desesperaban que sobreviviera. Sin embargo, empezó a robustecerse cuando su madre le tomó un ama, robusta, aldeana rusa, de la que heredó, según decía él después, no sólo la salud, sino "su alma"; porque ella le enseñó todas las extrañas y melancólicas leyendas de su país, y el amor a las rusas, que no olvidó nunca. Su biógrafo atribuye gran importancia a esta ascendencia y educación. Era medio rusa por su nacimiento y vivió en una provincia en que se mezclan y confunden las razas de Oriente y Occidente. Siendo aún muy niño asistió a las sangrientas escenas de la revolución de 1848. Cuando tenía doce años, su familia emigró a Praga, y el niño, aunque de desarrollo precoz, sólo entonces aprendió el alemán, que también llegó luego a poseer. A una edad muy temprana había encontrado la atmósfera y hasta los más característicos elementos de los tipos peculiares que marcan su obra de novelista.

Es interesante trazar en estas páginas los elementos germinales de aquellas particularidades que tan fuertemente afectaron su imaginación desde el punto de vista sexual. Le atraían las representaciones de crueldades; gustaba de las pinturas de ejecuciones; sus lecturas favoritas eran las leyendas de los mártires; y, al llegar a la pubertad, regularmente soñó que estaba encadenado y en poder de una mujer cruel que le torturaba. Se ha dicho por un autor anónimo que las mujeres de Galitzia o dominan enteramente a sus maridos y les tratan como esclavos o ellas mismas caen en degradante sumisión. A los diez años, el niño Leopoldo presenció una escena en la que una mujer de la primera clase, cierta condesa, Xenobia X..., parienta suya por parte de padre, representó el

papel principal, y probablemente esta escena quedó indeleblemente impresa en su imaginación. La condesa era una criatura hermosa, pero lasciva, y el niño la adoraba, impresionado por su belleza y por las costosas pieles que gastaba. Ella aceptaba su cariño y pequeños servicios, y algunas veces le permitía que la ayudase a vestirse; en una ocasión, estando él arrodillado ante ella para ponerla sus zapatitos de armiño, la besó lo pies; ella se sonrió y le dió un golpecito que le produjo gran placer. Poco tiempo después ocurrió el suceso que tan profundamente afectó su imaginación. Estaba él jugando con sus hermanas al escondite, y se ocultó cuidadosamente detrás de los vestidos colgados de una percha en la alcoba de la condesa. En aquel momento entró de pronto la condesa, subió la escalera seguida por un amante, y el niño, que temió que su presencia fuera notada, vió que la condesa se sentaba en un sofá y empezaba a acariciar a su amante. Pero pocos momentos después, el marido, acompañado de dos amigos, penetró en la habitación. Antes, sin embargo, de que hubiera decidido contra cuál de los dos amantes se dirigiría, se había levantado la condesa, dándole tan terrible golpe en la cara con el puño cerrado, que cayó él de espaldas, con el rostro bañado en sangre. Entonces ella cogió un látigo, arrojó a los tres hombres de la habitación, y en medio de tal barullo desapareció el amante. En aquel momento se descolgaron los vestidos, descubriendo la condesa la presencia del niño, testigo involuntario de aquella escena; volviendo contra él su cólera, le arrojó al suelo, y sujetándole con la rodilla sobre su espalda, le golpeó sin piedad. El dolor fué grande, y, sin embargo, el niño experimentó un placer extraño. Mientras así le castigaba, volvió el conde, que ya no estaba furioso, sino dulce y humilde como un esclavo, y se arrodilló ante ella, pidiéndola que le perdonase. Al huir el niño la vió golpear a su marido; no pudiendo resistir a la tentación, volvió a la habitación, pero estaba cerrada la puerta y no pudo ver nada, oyendo tan sólo el restallido del látigo y los lamentos del conde, azotado por su mujer.

Inútil es insistir en que se semejante escena, obrando sobre un niño sumamente sensible y algo extraordinario, fué la causa de la actitud emocional que tanto afectó la obra de Sacher-Masoch.

A los diecinueve años recibió el grado de doctor en Derecho y, poco tiempo después, fué nombrado profesor de historia alemana en Gratz. Poco a poco, sin embargo, le atrajeron definitivamente los encantos de la literatura y abandonó pronto la enseñanza. Tomó

parte en la guerra de 1866, en Italia, y fué condecorado por el feldmariscal austríaco en el campo de batalla de Solferino. Estos incidentes tuvieron muy poca influencia en la carrera literaria de Sacher-Masoch, y poco a poco fué adquiriendo reputación europea por sus historias y novelas.

Una serie de aventuras amorosas empezaron a ejercer en su vida mayor influencia. Algunas de ellas fueron sólo efímeras y ligeras; otras, constituyeron manantial inagotable de felicidad; tanto más cuanto que iban acompañadas de cierta extravagancia, que excitaba su natural quijotesco, y pasó algún tiempo muy dichoso con una princesa rusa, a la que acompañó a Florencia en calidad de secretario. Muchas veces terminaron estas aventuras con amargas decepciones y miserias. Después de unas relaciones de esta clase, de las que no pudo librarse en cuatro años, escribió *La mujer divorciada*, fruto de esta triste experiencia, en la que refería parte de su propia historia.

Entonces fué cuando encontró el demonio tentador de su vida en la persona de Laura Rumelín, joven de veintisiete años, de Gratz, guantera de profesión e hija de una vendedora de agua de seltz. Había ésta intentado varias veces enamorar a hombre de alta posición; pero aunque había tenido uno o dos amantes, nunca había conseguido su propósito. Sucedió que leyó por casualidad *La venus de las pieles*, recientemente publicada, y resolvió escribir al autor. Hasta entonces parece que Sacher-Masoch no había encontrado ninguna mujer con la que pudiera adoptar sin reserva la posición que él gustaba describir en sus libros. Como dice él mismo, había adquirido aquellas inclinaciones sin haber hallado una mujer en cuya esclavitud hubiese deseado vivir.

Laura Rumelín creyó que, para acercarse a Sacher-Masoch, sería conveniente adoptar el tono de la mujer dominadora que él idealizaba, y tomó el nombre de su heroína, Wanda Dunajew. Era muy hábil para intrigar, por más que la afición de Sacher-Masoch a todas las aventuras extravagantes hicieron muy fácil su tarea, y después de envolverle en una intrincada red de engaños—ella no consintió en que la viera durante mucho tiempo, y al principio sólo estando enmascarada y prohibiendo que la tocara—; aquella mujer ignorante, ineducada y poco escrupulosa, se apoderó del sensible, altivo y enfermizo novelista. Sacher-Masoch rompió con su prometida y, en 1873, después del nacimiento de un hijo, se casó con Rumelín. Nacieron otros dos niños, y, si hemos de dar crédito a la esposa, se

prestó a recoger en su casa a una hija que anteriormente había tenido el marido con una actriz. Pero si algún amor llegó ella a sentir por su esposo, desapareció pronto; le sometió a toda clase de insultos y humillaciones; le apartó del trato de sus amigos; le obligó a que falsificase unos poderes para obtener dinero; vivió descaradamente con un amante, hábil periodista, pero totalmente sin vergüenza, llamado Rosenthal, colaborador del *Fígaro* con el pseudónimo de "Santiago St. Cere"; ella se empeñó en dar a criar al hijo favorito de su padre, pero le dejó morir sólo para acudir a una cita con su amante.

Por fin, Sacher-Masoch se separó definitivamente de ella, enamorándose de una mujer distinguida y bien educada, completamente normal, llamada Hilda Meister, que le cuidó con amor maternal y se decidió valerosamente a unir su vida con la del novelista. Al cabo de muchas dilaciones legales, pudo al fin legitimar su unión con Hilda Meister; nacieron a su debido tiempo dos niños, viviendo tranquilo en Lendheim, una pequeña aldea alemana, donde el novelista poseía una pequeña finca.

Al principio, como ocurre siempre, fué mirado con prevención por los aldeanos, pero luego Sacher-Masoch adquirió sobre ellos gran influencia; llegó a ser una especie de Tolstoy entre los que le acompañaban en su vida rural, el amigo y confidente de todos los que le rodeaban (también parece que se encuentra algo del comunismo de Tolstoy en los libros que escribió en este período). Su salud empezó a decaer, y después de permanecer una temporada en un sanatorio murió en dicha aldea el 9 de marzo de 1895.

Otro de sus biógrafos, Eulemburg, sostiene que la causa de la desgraciada vida de Sacher-Masoch no está en la culpa de determinadas personas, como, por ejemplo, su primera mujer, sino en su propia condición moral, en su debilidad y pasividad. Parece que el afán de someterse como un esclavo a las mujeres le dominó por completo últimamente.

Los símbolos favoritos de la emoción sexual de Sacher-Masoch, fueron siempre el látigo y las pieles; uno de sus biógrafos recuerda el detalle significativo de que el papel de cartas del novelista fué timbrado durante mucho tiempo con la figura de una mujer con traje de boyarda rusa, con manto forrado de armiño y un látigo en la mano. Y añade: "Sobre las paredes de su casa se veían cuadros de mujeres con pieles, como aquellas de Rubens, que pueden verse en el museo de Munich. Conservaba un manto de pieles sobre

un sofá de su estudio y, de vez en cuando, le acariciaba, encontrando que su cerebro recibía la misma clase de estímulo que hallaba Schiller en el olor de las manzanas podridas."

Acerca de esta extraña influencia de las pieles sobre la sexualidad de Sacher-Masoch, existen dos versiones, que pretenden justificar su origen: Se dice que, cuando aún era niño, tuvo que presenciar una escena de la revolución en Praga, escena que se le grabó para siempre en el alma. Una joven pariente suya lo llevó a las barricadas con ella, donde, vistiendo una chaqueta de pieles y armada de una pistola, emulando a las amazonas, tomó parte en la lucha, animando a los suyos con enérgicas voces de mando. "No puede caber duda—dice Bloch, refiriéndose a ello—de que aquella mujer sugirió al niño de trece años de entonces la idea de una enérgica mujer vestida de pieles como un ideal que, más tarde y en las más diferentes situaciones, ensalzaría en sus escritos."

Por otra parte, se afirma también que cuando vió a su parienta la condesa Xenobia en ciertas intimidades con uno de sus amantes, estaba oculto en un ropero, tras un abrigo de pieles, prenda que acariciaba cuando se sentía excitado sexualmente.

De todas formas, está demostrado que las pieles pueden inspirar en los niños sentimientos de amor o de temor. Estos trabajos de investigación, realizados por el médico americano Stanley Hall, están enriquecidos por numerosas observaciones hechas, incluso en niños de seis meses. Dicho investigador lo explica así: "Lo mismo este amor y temor son tan fuertes y tan instintivos que difícilmente pueden explicarse sin recurrir a los tiempos en que la asociación con los animales era más íntima que ahora, o quizá cuando nuestros antepasados eran velludos." Este culto a las pieles, quizá como reminiscencia de aquellos remotos tiempos, citados por Stanley, lo encontramos actualmente entre los indios *tehuelches* del Sur de Chile. (Lámina VI.)

Por último, respecto a la difusión que han alcanzado las perversiones algolágnicas, sólo nos resta decir que casi toda la moderna literatura erótica, gira alrededor de estos temas, especialmente en Francia, donde la propaganda de tales libros, eminentemente pornográficos, perversos y burdos, se realiza libremente y en todos los aspectos de la publicidad "reservada". De un catálogo que acabo de recibir, reproducimos, tomados al azar, dos grabados que prueban de una manera irrefutable la verdad de nuestras afirmaciones. (Láminas VII y VIII.)

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

EL SADOMASOQUISMO EN GENERAL

Definición más apropiada de esta perversión sexual. El sadismo según la literatura de Sade.—Masoquismo. Difícil diferenciación de ambos términos.—Caso de sadomasoquismo.—Psicología.—En el galanteo.—El crimen pasional.—Raíces biológicas.—Distinciones de los psicoanalistas.—Sadomasoquistas célebres. Diferencia entre el hombre y la mujer.—El amante «calzonazos».—Como fenómeno de las masas.—El color rojo y la fascinación de la sangre..... 9

FORMAS CLINICAS DE LA PERVERSION SADICA

Punto de partida para la apreciación correcta.—Los tres grandes grupos del sadismo.—El sádico no revela exteriormente su perversión.—Los sádicos criminales.—El sádico sanguinario y el delincuente común. Los grandes sádicos.—Sadismo colectivo.—El crimen del sádico.—El «Salón d'Art» de la policía parisién. Sadismo perverso.—Sádicos neurópatas.—Fantasmas eróticos.—Los que comen carne y beben sangre humana.—Sadismo de palabra 25

FORMAS CLINICAS DE LA PERVERSION MASOQUISTA

El equivalente masoquista del sadismo criminal.—Suicidios masoquistas.—Carta de una suicida.—El placer de morir aplastado.—El grafismo de estos perversos.—Los sexos ante la perversión.—En las casas de prostitución.—Imaginativos y efectivos.—La personalidad social de los masoquistas.—Prostitución.—La mujer es masoquista.—Casos.—El adulterio.—Masoquismo homosexual.—Comedias masoquistas. El chulo «marchoso».—Flageladores profesionales.. 41

Páginas

LAS CAUSAS DEL SADOMASOQUISMO Y LA FLAGELACION

Las terribles consecuencias de los castigos corporales a los niños.—Las penas de los azotes.—El deseo de ser azotado, como medio instintivo.—La influencia de estas escenas en la imaginación infantil.—Explicación psicológica.—Causas físicas del placer de la flagelación.—Casos.—En Inglaterra.—En las religiones.—En España.—Las solemnidades de Semana Santa.—El verdadero masoquismo religioso.—La vida en los conventos 59

CASOS CELEBRES Y CURIOSOS

El sadomasoquismo y la cultura.—El amor de dos masoquistas.—Los educadores de niños.—La alegría y la pena como elementos algolágnicos.—Los masoquistas «esclavos».—Un relato interesante.—El anciano que gozaba encerrando jóvenes en una jaula.—Los que encuentran placer en la prisión.—El de los dientes postizos.—El conde que se humillaba con sus criados.—Un general ruso que fregaba platos..... 73

EL MARQUES DE SADE Y SACHER-MASOCH

Quién fué el marqués de Sade.—Su vida militar.—Las primeras contrariedades.—El asunto Keller.—El escándalo de Marsella.—Sus ataques contra Napoleón. Sus obras.—Biografíade Sacher-Masoch.—La condesa Xenobia.—Una escena demasiado íntima.—Sus primeras producciones literarias.—Su matrimonio con Laura Rumelín.—El nuevo amor.—La atracción de las pieles y el látigo.—La literatura algolagnista. 83

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Hombres «Waregas» 16

LAMINA II
Amazonas del Dahomey 17

LAMINA III
Sadomasoquismo simbólico 32

LAMINA IV
Masoquismo simbólico 33

LAMINA V
Masoquismo religioso 48

LAMINA VI
Indios «Tehuelches» 49

LAMINA VII
Literatura algolágnica 64

LAMINA VIII
Literatura algolágnica 65